

“Padécense varias epidemias en el sur, con gran disminución de su gente, y en su consecuencia se muda el plan de sus misiones y presidio...”
p. 295-340

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PADÉCENSE VARIAS EPIDEMIAS EN EL SUR, CON GRAN DISMINUCIÓN DE SU GENTE, Y EN SU CONSECUENCIA SE MUDA EL PLAN DE SUS MISIONES Y PRESIDIO. MODO DE RECIBIR Y ABASTECER AL GALEÓN DE FILIPINAS EN LA CALIFORNIA. DÁSE RAZÓN DE LAS MUTACIONES QUE SE HAN HECHO EN OTRAS MISIONES. FÚNDASE LA DE SAN LUIS GONZAGA. RETÍRASE A MÉXICO EL PADRE SEBASTIÁN DE SISTIAGA, Y MUERE EL PADRE CLEMENTE GUILLÉN. BREVE ELOGIO DEL CAPITÁN DON ESTEBAN RODRÍGUEZ, Y SU MUERTE, CON LA DE SU HIJO Y SUCESOR DON BERNARDO. SUCEDE A LOS DOS DON FERNANDO DE RIVERA¹

“Luego que se logró la pacificación de los pericúes, uchitíes y coras por el celo y valor del gobernador de Sinaloa,² y se estableció el presidio del Cabo de San Lucas, nombró la Compañía nuevos misioneros, que volvieron a recoger aquel mal parado rebaño de Nuestro Señor Jesucristo. Entraron éstos en el país regado no sólo con los sudores, sino también con la sangre de los dos fieles ministros³ de este Señor, muertos por la gloria de su nombre y, con los trabajos

¹ Antes de transcribir el primero de los nuevos capítulos que redactó Del Barco para continuar la *Noticia de la California*, incluimos una “Adición” preparada por éste, en la que habla sobre la situación que prevalecía poco después de haber terminado la gran rebelión de los indígenas en el sur de la península. Esta “Adición” que aparece en el manuscrito de Del Barco, estuvo destinada a complementar el capítulo XX de la obra de Venegas y Burriel. Tanto dicho capítulo, como los dos últimos, el XXI y el XXII de la misma obra, parecieron, con razón, a Del Barco extremadamente sucintos y muy pobres en información.

² Se alude aquí al gobernador de Sinaloa, don Manuel Bernal Huidobro que, durante la rebelión, había pasado a la península para reprimir a los alzados. No obstante que dicho gobernador se mostró en múltiples ocasiones desafecto a los jesuitas, se le atribuye en este lugar “celo y valor” en la pacificación. Debe notarse que este párrafo, que aquí va entrecomillado, lo tomó Del Barco de la *Noticia de la California*. Véase Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.

³ Alusión a la muerte de los padres Lorenzo Carranco, sacrificado en la misión de Santiago el 1 de octubre de 1734, y Nicolás Tamaral, muerto el 3 de octubre del mismo año en San José del Cabo.

que desde luego se dejaron conocer de tales circunstancias, volvieron a erigir, fundar y formalizar las cuatro misiones, la de el Pilar, en la bahía de La Paz; de Santa Rosa, en la ensenada de Palmas; la de San José, en la bahía de San Bernabé, y la de Santiago.” En esta última entró el padre Antonio Tempis, alemán, que, de la provincia de Bohemia pasó a la de Nueva España y, siendo destinado por los superiores para California y en ésta para la misión de Santiago, la recogió, fundó de nuevo y formalizó sin cesar hasta su muerte, preciosa sin duda en los ojos del Señor, porque fue un jesuita de tan sólida y tan alta virtud como se lee con edificación, en el breve elogio que imprimió de su heroica vida el padre Fernando Consag, muy digno por cierto de que se comunique al público, con los de otros varones verdaderamente apostólicos, empleados en la California.⁴

Viendo ya el gobernador, quietos a los indios del sur, y restablecidas sus misiones, pasó a Loreto para transportarse desde allí a su gobierno de Sinaloa, como lo ejecutó a fines de junio de 1738. Pero antes de salir de la California, mandó, por lo tocante al presidio de Loreto, que en las fronteras de sur y norte, que eran en aquel tiempo las misiones de Nuestra Señora de los Dolores, en la nación guaycura, y de la de San Ignacio en el norte, se pusiesen escoltas de ocho o diez soldados en cada una; y que los otros soldados, que estaban en las demás misiones uno en cada una, se retirasen a su presidio; pareciéndole que, pues los indios estaban quietos, no necesitaban los padres de escolta. Así se hizo como el gobernador lo mandó, mas el tiempo presto hizo ver que la escolta de un soldado no era tan inútil, como le pareció;⁵ porque no bien había pasado un año de haberse retirado los soldados de las misiones y dejando a los padres solos, cada uno con los indios sus feligreses, cuando en la misión de San José de Comondú sucedieron inquietudes, que dieron mucho cuidado.

⁴ El padre Antonio Tempis era natural de Olmutz, en Moravia. Nacido en 1703, había ingresado en la orden jesuítica en 1720. Venido a México en 1735, pasó a California el año siguiente y en ella trabajó como misionero hasta su muerte, en 1746.

⁵ Se refiere aquí Del Barco al hecho de que, al haberse organizado las escoltas mencionadas, sirviéndose de toda la tropa disponible, desapareció la antigua costumbre de que en cada misión estuviera al menos un soldado, acompañando y auxiliando al padre que allí residía.

Era allí misionero el padre Francisco Xavier Wagner, alemán, quien, en cumplimiento de su obligación y de su celo, procuraba que sus indios viviesen como cristianos, y principalmente que se acabasen la mala raza de hechiceros o embusteros, dejando estos tan deleznablez oficios, y los demás, de estimarlos y crearlos.⁶ No faltaban por aquel tiempo varios de éstos que, aunque se habían bautizado, protestando que dejaban y detestaban este empleo o lo hicieron fingidamente, o volvieron después, a escondidas de los padres, a su antiguo ejercicio, para perdición de muchas almas. Sucedió que el padre misionero disponía a un enfermo para la muerte con los Santos Sacramentos, y demás actos y efectos propios de tan tremenda hora, apenas se apartaba de él un rato, cuando llegaba el hechicero, o llamado de los parientes del enfermo, porque de suyo venía a ofrecer su industria para sanarle, si quisiese dejarse curar y ponerse en sus manos. El deseo de la vida y de la salud, junto con la facilidad de esta gente en dejarse persuadir de cualquiera disparate; y más si es cosa de su gusto, era muy fuerte tentación para no caer en ella. Exhortábale entonces a no creer, ni hacer caso de lo que los padres enseñaban, sino sólo de sus creencias y boberías antiguas. Luego soplabla frente al enfermo con el chacuaco o tubo de piedra, que tenía para este efecto, y de esta suerte le disponían para que, en espirando, bajase su alma al infierno.⁷ Todo esto solían hacerlo con gran secreto para que la noticia no llegase al padre misionero.

Procuraba, pues, el padre Wagner que en su misión se acabase cuanto antes la hechicería, y por esto incurrió en el odio de algunos hechiceros y sus aficionados, y tanto que intentaron quitarle la vida.⁸ Mas, como casi toda la gente de la misión estaba contenta y estimaba mucho a su misionero, no se atrevían los conjurados a acometerle a cara descubierta. Una noche, poco después de anochecido, se

⁶ El padre Francisco Javier Wagner, nacido en Eichstadt, Alemania, había entrado en la península el año de 1737. En ella había de permanecer hasta su muerte, acaecida en 1744 en la misma misión de San José de Comondú.

⁷ Respecto de esta práctica, ampliamente usada por los hechiceros indígenas, véase Homer Aschmann, *The Central Desert of Baja California. Demography and Ecology*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1959, p. 111-112.

⁸ El relato que aquí incluye Del Barco prueba que subsistían aún diversos brotes de rebelión e igualmente muestra cuáles eran algunos de los motivos de descontento entre los indígenas.



había sentado el padre junto a la puerta de su casita, para algún desahogo del calor que hacía y, pareciéndole a uno de los malcontentos buena esta ocasión para matarlo pues estaba solo, se escondió a pocos pasos de allí y disparó una flecha. No hirió al padre, mas, pasando inmediata a su cabeza, dio con tal ímpetu en la pared de la casa, que era de piedra, que quedó clavada en ella. Habiendo por allí cerca varios indios, que aún no se habían recogido a sus casas, los cuales oyendo el ligero ruido que la flecha causa cortando el aire, a aquella hora tan extraña, discurriendo lo que era, corrieron al punto para defender al padre. Extendióse luego la voz entre los demás, que ya estaban en sus casas, de que querían matar al padre y sin detención acudieron todos del mismo modo a la defensa; y toda la noche tuvieron cercada la casa del misionero para que los conjurados (que aún no sabían quiénes eran), no pudiesen llegar a deshora a matarlo. Uno de los indios principales, luego que esto sucedió, despachó un mozo, que sabía hablar castellano, a Loreto, para que avisase allí lo que pasaba; el cual caminando toda la noche, por la mañana, llegó a Loreto. Y por este medio supieron presto, así el capitán del presidio, como los padres, el riesgo en que estaba el padre Wagner. Este padre, pasada aquella noche, determinó por la mañana retirarse a la misión de San Javier, más cercana a Loreto, como lo hizo, acompañado solamente de tres o cuatro indios, y aguardar allí lo que le ordenase el padre visitador Sistiaga,⁹ que entonces se hallaba en Loreto, a quien escribió, luego que llegó a San Javier, lo sucedido. Respondió el padre visitador al padre Wagner que, por cuanto ya caminaba el teniente del presidio con algunos soldados e indios amigos para San José, podía volverse a su misión pues con tal escolta estaba seguro; así lo ejecutó al punto dicho padre.

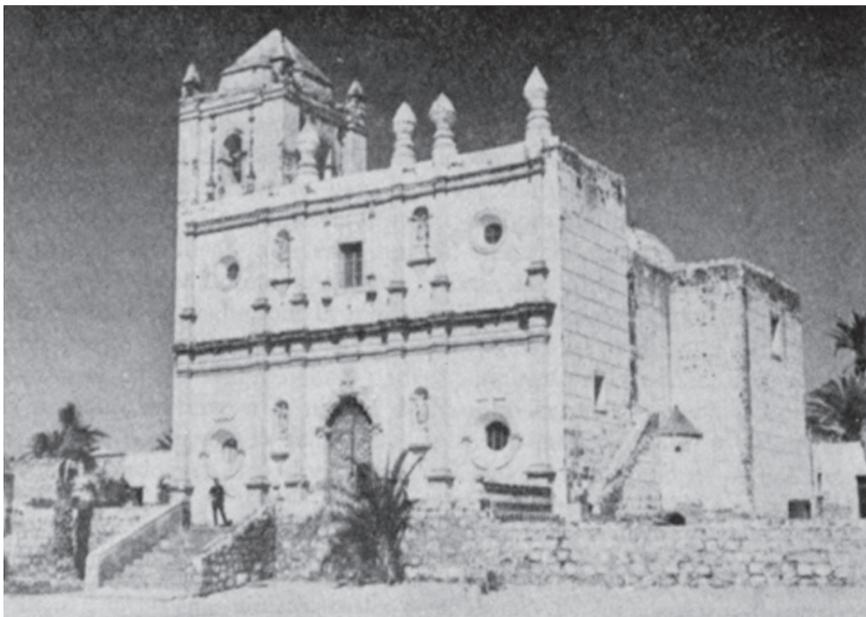
Luego que el capitán¹⁰ tuvo la primera noticia de lo sucedido en San José de Comondú, mandó a su teniente (que era su hijo don

⁹ El padre Sebastián de Sistiaga había nacido en Oaxaca. Tras ingresar en la Compañía de Jesús, en 1702, una vez terminados sus estudios, pasó largos años en California a partir de 1718 y hasta 1747. Por diversos achaques hubo de salir de la península, y murió en Puebla en 1756. De él se conservan varias comunicaciones en relación con California y también con las misiones jesuíticas de Nayarit.

¹⁰ Seguía siendo capitán del presidio el muy conocido don Esteban Rodríguez Lorenzo, cuya vida, más abajo, recordará con gran elogio el mismo Del Barco.



Misión de Nuestra Señora de Loreto. Fue ésta la primera fundación permanente en las Californias (1697). La iglesia actual fue terminada en 1752. Las restauraciones de que ha sido objeto han alterado lamentablemente su arquitectura original. Fotografía de Jorge Gurría Lacroix



Misión de San Ignacio Cadakaamán. La construcción de la iglesia fue iniciada por los jesuitas y concluida por los dominicos en 1786.

Fotografía de Jorge Gurría Lacroix



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Bernardo Rodríguez, después que se retiró del sur), que con algunos soldados, se dispusiese para ir allá con la prisa posible. Instruyóle en lo que debía hacer en el cabo; y que para mayor seguridad, llevase también indios de Loreto. No fue él mismo en persona por su avanzada edad y porque fiaba que su hijo no se portaría con menos actividad y eficacia, que la que él mismo acostumbraba. Luego que el teniente con su comitiva llegó a dicha misión de San José, comenzó a averiguar quién había disparado la flecha al padre. Todos respondieron que no lo sabían; mas, por la misma flecha, se vino a descubrir, quién la disparó; porque cada uno de los indios hace o fabrica las flechas de que usa, y aunque a nosotros nos parezcan todas las de una nación perfectamente semejantes, ellos saben distinguir, entre multitud de flechas, cuál es de cada uno, al modo que nosotros, viendo la letra de una carta o manuscrito, conocemos la mano que la formó. Uno de los indios había guardado la flecha, de que hablamos, mostrola éste, y luego, por mandado del teniente, dijeron otros cuya era, al cual hizo comparecer. Pero se disculpó diciendo que era verdad que la flecha era suya, pero que él no la había disparado sino que otro llamado Juan Bautista se la había pedido prestada, y se la dio, sin saber él qué quería hacer con ella. Buscaron al Juan Bautista, mas éste no pareció porque, luego que disparó la flecha, oyendo tanto ruido de gente, que acudió al puerto a favorecer al padre, parece que se turbó, pues no disparó ni aun segunda flecha, y huyó en aquella hora, sin haber parecido más; y con esto dio mayor sospecha contra sí.

El teniente dio sus órdenes para que le buscaran y se lo trajeran, lo cual hicieron los indios, después de pocos días que tardaron en hallarle. El reo, no pudiendo ocultar más la verdad, como al principio lo intentaba, al fin la confesó ante el teniente y los demás, diciendo que él había intentado matar al padre y para ello disparado la flecha. Condenóle a muerte el juez, dándole el tiempo acostumbrado para disponerse a ella. Y habiéndose ejecutado, hizo colgar el cadáver en paraje público para el escarmiento. Había gastado aquellos días el mencionado oficial en averiguaciones y por ellas vino en conocimiento de varios culpados; aunque ninguno lo era tanto como Bautista. Por eso, acabada la ejecución de este infeliz, se siguió el castigo de azotes que alcanzó a muchos más de lo que al principio se imagi-

naba. Hecho esto, y dejada escolta al padre, se volvió el teniente a su presidio. Mas antes de pasar tres semanas, hubo de volver a la misma misión, enviado del capitán su padre y con sus veces como antes, porque tuvo noticia que se excitaba nueva inquietud entre algunos de los que pocos días antes habían sido azotados por mandado del oficial. Hizo nuevas pesquisas y de resulta de ellas, envió a los más principales de la facción a Loreto, para que de allí los llevasen desterrados a México. Y con esto quedó enteramente sosegada la misión a principios de julio de 1738 sin que en ella se haya experimentado después, en tiempo alguno, ni la menor novedad o inquietud.

Dos meses después de esto, comenzó a inquietarse la misión de San Javier,¹¹ no porque en los indios que componían este partido o misión hubiese alguna novedad; sino porque se esparció la voz entre ellos, de que los guaycuros (nación confinante con los javierinos por la parte del mediodía), amenazaban que, pues ellos eran muchos más en número que los de San Javier, y éstos estaban solos con el padre misionero, sin soldado alguno, vendrían a acometerlos, los vencerían, matarían al padre y se apoderarían de todo cuanto tenía la misión. Esta misma voz corrió en la de Nuestra Señora de los Dolores, misión de guaycuros; esto es, que intentaban los de esta nación, o parte de ellos, asaltar como enemigos a la misión de San Javier: y por estos distintos caminos llegó la noticia a Loreto. Despachó prontamente al capitán tres soldados a San Javier para que hiciesen escolta al padre y averiguasen el origen de este rumor, qué verdad tenía, y lo demás conducente a la materia. No se pudo averiguar otra cosa sino que era verdad que algunos guaycuros habían contado lo que queda referido; pero si de hecho se comenzaron a disponer para la ejecución, no se pudo sacar en limpio. Pasadas algunas semanas, viendo que no había resulta alguna, mandó el capitán que quedase un soldado para escolta del padre, como los años anteriores había estado, y que los otros dos se retirasen a Loreto. De esta suerte volvió a quedar un soldado en cada misión; porque decía el capitán (y era así verdad), que el gobernador de Sinaloa, después que salió de la California, no tenía mando alguno en ella; y habiendo nuevos motivos para poner escoltas a los

¹¹ Tales acontecimientos en la misión de San Javier antecedieron probablemente en poco tiempo a la llegada a ella del propio Del Barco.

padres, determinaba ponerlos de nuevo.¹² Porque, después de establecidas y asentadas estas misiones, mientras tuvieron un soldado de escolta, siempre perseveraron en quietud y sosiego; pero luego que se vieron sin soldado, comenzaron las inquietudes, y aun a peligrar las vidas de los misioneros. Que un soldado (añadía), aunque sea solo, sirve de mucho en una misión porque los indios le miran con mucho respeto, sabiendo que está allí con las veces de su capitán y puede castigar sus desórdenes y atrevimientos, como lo hace cuando se ofrece. Y que, cuando la cosa es más grande y de mayores consecuencias, da cuenta al mismo capitán para evitarlas. Todo esto saben los indios; y por eso, y por el temor de las armas de fuego, les contiene mucho la presencia de un soldado en una misión y mucho más que la de varios sirvientes.

Mientras esto pasaba en la nación cochimí a la parte del norte, no estaba sosegado el sur. Poco tiempo había corrido el presidio de San José del Cabo de San Lucas con la independencia, que dijimos, así del padre superior y visitador de la California, como del capitán del antiguo presidio de Loreto, cuando se comenzaron a experimentar tantos desórdenes nacidos de la misma independencia, y tantas insolencias que el presidio puesto para resguardo de los padres, y que debía servirles de consuelo en sus trabajos, era quien más se los aumentaba y más les daba que padecer. En fin, los ruidos y las quejas llegaron muy gruesas a México, y tanto que el mismo señor arzobispo virrey¹³ se vio obligado a mejorar su dictamen y, conformando con lo dispuesto por los virreyes sus antecesores depuso al capitán del presidio del Cabo de San Lucas, nombrado por el gobernador de Sinaloa, mandándole salir de la California y prohibiéndole volver en algún tiempo a entrar en ella. Mandó también que en dicho presidio no hubiese capitán sino sólo un teniente sujeto al antiguo capitán de Loreto, y que estuviese también con sus soldados

¹² Tenemos en este hecho una muestra de la plena coincidencia de propósitos que prevalecía entre el capitán del presidio y los padres misioneros. Debe recordarse que, desde la entrada de Salvatierra en California, la pequeña fuerza armada dependía de la autoridad de los jesuitas.

¹³ Era éste don Juan Antonio Vizarrón y Eguiarreta que, en varias ocasiones, tuvo serias diferencias de parecer con los jesuitas, en particular en asuntos tocantes a sus trabajos misionales.

a la dirección del padre visitador corrigiendo sus nombramientos, admisiones y pagas sobre el pie antiguo del de Loreto. Para prueba de la necesidad de esta providencia, y razones gravísimas que lo autorizan, basta decir que, en juicio contradictorio contra sí mismo, así lo condenó este excelentísimo señor arzobispo virrey, por despacho y decreto suyo, firmado en julio de 1740.

Por este mismo tiempo se fraguaba en la California una nueva rebelión de los pericúes. No se supo que tuvieran otro motivo para ella que su natural inconstancia y deseo de aquella entera libertad de que gozaban siendo gentiles, para vivir cada uno según su antojo, sin temor de reprensiones de los padres, ni de castigos de la justicia por sus delitos. Nada se supo de estos sus intentos hasta que en agosto de 1740 rompieron la guerra dando la muerte a un sirviente de la misión de San José del Cabo, llamado Carbajal, que cuidaba de las pocas reses que entonces tenía dicha misión, en un paraje de la sierra llamado San Miguel. Entraron de repente en la casita o choza, que allí tenía, diez indios de los principales de la facción y, sin darle tiempo de tomar armas, se abrazaron con él y, poniéndole en tierra, le machucaron la cabeza con una gruesa piedra. De allí, juntándoseles otros muchos en gran número, discurrieron por otras partes, causando en todas terror y miedo y aun se atrevieron acercarse al presidio, en cuyas inmediaciones flecharon un indio de la provincia de Sinaloa, que pastoreaba unas cabezas del mismo presidio; mas la herida no fue grave, y pudo retirarse y dar aviso. Una noche se huyeron todos los indios de uno y otro sexo, que vivían en la cabecera de la misión de San José (en donde también estaba el presidio) y, sin ser sentidos del padre ni de los militares, se retiraron al monte. Causó esto mucho cuidado cuando por la mañana los echaron menos; porque se temió que toda la nación pericú se había rebelado. Mas, inquiriendo el padre misionero el motivo de esta fuga, vino a saber que aquella noche les avisaron que los soldados del presidio estaban prevenidos para dar la misma noche sobre ellos, cuando estuvieran durmiendo y matarlos a todos. Y que, por esto, habían querido ponerse en salvo con la fuga. Aseguróles el padre que esa fue voz falsa, echada por los que querían que ellos se fueran a juntar con los rebeldes para su perdición; que los soldados, lejos de querer matarlos, si perseveraban quietos y

fieles, los defenderían de los sublevados, si éstos se atreviesen a acometerlos. Que en ninguna parte estarían tan seguros como en la misión a la sombra del presidio, y en fin, que se fiasen de él, como quien les deseaba su mayor bien.

Creyeron los indios al padre, y se volvieron a la cabecera a donde también se refugiaron todos los demás pertenecientes a aquella misión, que no habían querido consentir en la rebelión, por el temor bien fundado que tenían de que, si se quedaban en el monte, vendrían los alzados a matarlos si no querían seguir su ejemplo. Lo mismo sucedió en las otras dos misiones de la nación pericú, Santiago y Todos Santos, en que toda la gente que perseveró fiel, se refugió a la cabecera, en donde por estar muchos juntos, y por haber soldados de la escolta del padre misionero, estaban seguros de insultos de los rebeldes. Entonces se conoció que éstos no eran toda la nación ni la mayor parte de ella sino solas cuatro rancherías gruesas, dos de la misión de Santiago y dos de la de San José, y unas y otras habitaban las tierras que yacen entre las dos dichas misiones. Retiraron a sus mujeres e hijos a la sierra, para tenerlos allí más seguros; y los hombres discurrían armados por todas partes como enemigos, y por eso no se podía caminar de una misión a otra sin competente escolta.

El capitán don Pedro Álvarez¹⁴ pidió a Loreto socorro de algunos soldados y de indios amigos, para salir a campaña contra los rebeldes y atacarlos en la misma sierra, para lo cual era necesaria gente de a pie, y acostumbrada a caminar por barrancos y quebradas para perseguir mejor al enemigo y cortarle la retirada. Para lo cual no era bien fiarse de los pericúes que habían quedado quietos en las misiones, porque, haciéndose la guerra a sus parientes y amigos, era de temer que, si ellos acompañaban a los soldados en las campañas, servirían de espías a los alzados, y serían más de daño que

¹⁴ Este capitán, cuyo nombre completo era Pedro Álvarez Acevedo, había quedado en la península desde los tiempos de la expedición de don Manuel Bernal Huidobro. A través de diversas noticias consta que el dicho Pedro Álvarez se mostró muchas veces hostil a los jesuitas. Por haberse visto inmiscuido en actos de contrabando con el galeón de Manila, fue al fin expulsado de California. Véase Gerardo Decorme, *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767*, México, Antigua Librería Robredo, 1941, v. II, p. 526.



de provecho. Llegó, pues, el socorro de Loreto que consistía en buen número de indios guaycuros (que son tenidos por valientes, y nada amigos de los pericúes), conducidos por algunos soldados. Salieron éstos con los del presidio del sur y los guaycuros en varias ocasiones a buscar al enemigo, el que nunca se atrevió a hacer rostro sino que, viendo tanta gente, luego huía hacia lo más agrio de la sierra. Esto no obstante, lograron algunos lances, en que mataron a algunos e hicieron prisioneros a otros. Entre estos últimos fueron once los más culpados y principales en la rebelión. A siete de éstos envió el capitán Álvarez desterrados a México, y a los cuatro restantes condenó a muerte, que se ejecutó después de darles tiempo para disponerse a ella como cristianos que eran. Todos los demás alzados se rindieron voluntariamente, sujetándose al castigo de algunos azotes a que el capitán los condenó; el cual ejecutado, quedaron quietos en sus respectivas misiones de Santiago y San José. Con esto la gente que había quedado sosegada, y que por miedo de los rebeldes se había recogido a la cabecera de cada misión, cesando ya este temor, pudo volverse a sus pueblos y rancherías. En este alzamiento no tuvieron parte alguna los pericúes que componían la misión de Santa Rosa, antes bien todos ellos estuvieron recogidos en la cabecera de su misión (que era el pueblo de Todos Santos), por miedo de los rebeldes, todo el tiempo que duraron estas inquietudes, que fue de algunos meses. Los demás indios del sur, que eran las nacioncillas de callejues, uchitíes, coras y aripes, que componían la misión del Pilar en La Paz, tampoco se mezclaron en la referida sublevación.

Restablecida enteramente la paz en la California, llegó allí, el año de 1741, la nueva disposición del señor virrey, de que arriba hicimos mención, la que, habiéndosele intimado en la debida forma al capitán Álvarez, se retiró a Sinaloa,¹⁵ y entró por teniente de aquel presidio, conforme a lo dispuesto por el señor virrey, don Pedro de la Riva, sargento que era de el presidio de Loreto.¹⁶

¹⁵ Sin entrar en detalles, y con gran discreción consigna así Del Barco la salida del capitán Pedro Álvarez. Véase a este respecto lo dicho en la nota anterior.

¹⁶ Concluye aquí la "Adición" que, por las razones expuestas en la nota 1, nos ha parecido conveniente anteponer al primero de los capítulos redactados por Del Barco como continuación del relato histórico de la *Noticia de la California*.

No parece que la divina justicia se daba aún por satisfecha con los sesgos que la humana ejecutó en los pericúes de resulta de sus rebeliones, y de las muertes que dieron a sus padres misioneros y a otros individuos; porque (sea por estos motivos, sea por otros de su altísima Providencia) apenas había pasado un año después que quedaron pacíficos, acabada la segunda rebelión, les envió Dios una terrible epidemia el año de 1742,¹⁷ en que murieron gran parte de los indios de esta nación, y en que tuvieron los padres amplia materia para emplear su celo y ejercer su caridad, administrando los santos sacramentos a los enfermos, disponiéndolos para la muerte, y dando sepultura eclesiástica a los muertos, en lo cual empleaban el día y gran parte de la noche, de suerte que apenas les quedaba tiempo para el necesario reposo; y demás de esto proveyendo de comida a los enfermos, y de aquellas medicinas, que en tales desamparos se pueden hallar. Acabada esta epidemia, se siguió dentro de dos años otra no menos cruel que la pasada. Y después de cuatro años, que fue el de 1748, les sobrevino a los mismos pericúes una tercera enfermedad epidémica, que no fue menos activa ni menos fatal que las antecedentes; repitiéndose en todas las lástimas de los pobres enfermos las muertes de los más de ellos y la fatiga de los padres misioneros en atender a la salud espiritual, y aun corporal de aquellos que la Divina Providencia había puesto a su cuidado. Murieron tantos en estas tres pestes que no quedó ni aun la sexta parte de la gente, que tenía antes la nación pericú.¹⁸

La uchití por este mismo tiempo casi se acabó enteramente.¹⁹ Alzáronse estos indios y con tanta osadía, que el teniente del sur (que en aquel tiempo, por ausencia del capitán de Loreto, mandaba

¹⁷ Con este criterio providencialista se inclina Del Barco a explicar la aparición de la epidemia que se dejó sentir entre los indígenas del sur en 1742.

¹⁸ Acerca de estas y otras epidemias que, en alto grado explican la disminución de los californios, véase Sherburne F. Cook, *The Extent and Significance of Disease Among the Indians of California, 1677-1773*, Berkeley (California), University of California Press, 1937.

¹⁹ Los uchitíes eran como ya se dijo, el grupo que habitaba la región comprendida entre La Paz y Todos Santos. Al parecer, desde un punto de vista lingüístico, se encontraban estrechamente relacionados con los grupos conocidos con los nombres de aripes, coras y pericúes. Véase William Massey, "Tribes and Languages of Baja California", *Southwestern Journal of Anthropology*, The University of Chicago Press, Illinois, v. 5, n. 3, otoño 1949, p. 275-279.

la California), creyó debía hacerles la guerra como a declarados enemigos. Salieron contra ellos los soldados en campaña, en que lograron algunos lances favorables. En uno de ellos apresaron cosa de veinte niños de ambos sexos, como de cuatro hasta diez años. Vióse el teniente en algún embarazo con ellos; porque, por una parte, no convenía dejarlos volver con sus padres y, por otra, no tenía forma de asegurarlos para que no huyeran. Le embarazaban los soldados que debían cuidarlos sin poder asistir a otras funciones de guerra en que hacían falta y, finalmente, teniendo pocos víveres, le gastaban no pequeña parte los niños apresados. Determinó, pues, enviarlos por mar a Loreto para que se repartiesen por aquellas misiones, como se hizo, quedando algunos de ellos en Loreto, otros pasaron a la misión de San Javier y otros a las de San José Comondú y Guadalupe.²⁰ Continúando esta guerrilla, llegó el teniente a tener hasta quince prisioneros, o 16, de los uchitíes enemigos, en La Paz, que les servía de plaza de armas. Sucedió que le dieron aviso de que los uchitíes, que aún quedaban en el monte, venían con resolución de acometer a los soldados en su mismo alojamiento; acaso con la esperanza de que, mientras los soldados peleaban con ellos, los presos se soltarían y los acometerían por las espaldas: avisaban que ya llegaban muy cerca los atrevidos uchitíes. El teniente, viendo que tenía pocos soldados y que si se dividían, para que unos quedasen con los presos (que estaban mal asegurados por falta de cepo y de prisiones) y otros saliesen al encuentro a los que venían, no serían bastantes para resistir, y que si todos los soldados salían, dejando solos a los prisioneros se podrían soltar y tomarlos por la espalda, aunque no fuese sino abrazándose con ellos mientras peleaban con los de afuera; y en este caso, sin falta, eran perdidos; no halló en este urgente lance otro medio que desembarazarse de los prisioneros dando a todos prontamente la muerte. Y así mandó a los soldados que al punto los matasen. Ejecutáronlo ellos, no sin lástima de ver morir a sus manos, casi a sangre fría, a aquellos infelices prisioneros,

²⁰ Tanto este hecho, como el que a continuación es también objeto del relato de Del Barco, pone de manifiesto la crueldad del teniente del presidio del sur, cuyo nombre no se consigna aquí. Nuestro autor se limita a decir que, por estar ausente don Esteban Rodríguez Lorenzo, fue otro el que, de modo tan violento, llevó a cabo esta campaña.

y sin más disposición que si fueran unos brutos de la selva. Los otros, que se decía venían a acometer a los soldados, no llegaron, sea porque fuese falso el aviso de su inminente venida, o porque oyendo de lejos disparar las armas de fuego, se llenaron de terror y huyeron.²¹ Éstos mismos, buscados después por los soldados en el monte, por no quererse rendir, fueron ya unos ya otros, en diversas ocasiones, muertos a balazos; si no es algunos que murieron de enfermedad, según después se tuvo noticia. De esta suerte se acabó en el sur esta nacioncilla, que nunca estuvo bien reducida: y sólo quedaba de ella un mozo en el pueblo de Todos Santos al tiempo que salieron de aquella península los padres jesuitas.

Habiendo quedado tan notablemente disminuida la gente del sur, fue ya necesario que sus misiones se redujesen a menor número; pues no era conveniente que estuviesen empleados cuatro padres con tan pocos indios; haciéndola falta para proseguir la conquista y conversión de la gentilidad en la parte del norte.²² Por estas razones, se determinó que los pericúes que vivían en Todos Santos y componían la misión de Santa Rosa, pasasen a vivir a Santiago, juntándose en un pueblo y formando una misión con el residuo de los indios de Santiago, paraje en que todos podían mantenerse con comodidad. Salió por aquel tiempo de la misión de Santiago su misionero, para ir, de orden del padre provincial, por superior de la residencia del Parral. En lugar de éste, fue enviado para misionero de Santiago el que lo era en Todos Santos, que debía mudarse a Santiago juntamente con todos sus indios; para los cuales, por estar muy gustosos de su padre misionero, sería más fácil la mudanza, haciéndola en su compañía, y habiéndose de quedar con él en Santiago. Ni pudieran tener razón de quejarse porque les hacían salir de su tierra, pues no lo era el paraje de Todos Santos, como en otro lugar queda dicho; ni el terreno de Santiago es de menor fertilidad que el de Todos Santos. La Paz era sitio inepto para cabecera de una misión porque, no teniendo agua sino sólo para beber, no podía tener siembra alguna, ni otros frutos

²¹ El que Del Barco haya recordado estos episodios, más que lamentables, puede aducirse como prueba de su objetividad histórica.

²² La necesidad, que varias veces se manifestó, de tener que suprimir algunas misiones es otro testimonio de la paulatina y dramática disminución de los indígenas en California.

con qué poderse mantener, ni con qué comprar víveres.²³ Éstos no siempre podían conducirse de Loreto, ya porque en muchas temporadas están allí muy escasos, y sólo los muy necesarios para el presidio, o ya por falta de embarcación para conducirlos; por lo cual el padre misionero de La Paz solía hallarse en grandes necesidades, sin tener tal vez ni aun un poco de maíz con que mantenerse él mismo y sosegar un tanto la hambre. Ahora, con la nueva disposición de que hablamos, quedaba desocupado el sitio de Todos Santos, en que cómodamente podía mantenerse toda la gente que pertenecía a la misión de La Paz y, por otra parte, éstos mismos podían alegar más derecho que otros al citado sitio; porque, aunque sus naturales se habían acabado (que eran de la nación guaycura), de la misma nación eran los que vivían en La Paz, llamados callejús y otros. Determinóse, pues, que el padre misionero se pasase a Todos Santos con toda la gente que componía su misión de La Paz, callejús, guaycuras, aripes, catauros y cantiles, pequeñas rancherías que, todas juntas, no bastaban a componer una mediana misión. Mas, por ser de diferente lengua que los pericúes, y estar muy lejos, no podían ser bien administrados por el misionero de Santiago, y por esto fue necesario que un padre quedase con ellos, y no desampararlos. En ejecución de este plan, el padre misionero de La Paz pasó con su gente a Todos Santos, para quedarse allí de asiento. El padre que estaba en aquel paraje, y aguardaba al que venía de La Paz habiendo entregado todo lo perteneciente a iglesia, casa y campo, salió al punto con sus pericúes para Santiago, en donde quedó por misionero de los pericúes de Santiago y de los que llevó consigo.

No mucho tiempo después se retiró al Colegio de Guadalajara el padre Sigismundo Taraval,²⁴ misionero que había sido muchos

²³ Acerca de los orígenes de la misión de La Paz y de la definitiva supresión de ésta en 1748, véase Jaime Bravo, Juan de Ugarte y Clemente Guillén, *Testimonios sudcalifornianos, nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, Miguel León-Portilla (ed. e introd.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.

²⁴ El padre Sigismundo Taraval, era natural de Lodi, Italia, donde había nacido en 1700. Ingresado en la Compañía de Jesús, pasó a California en 1730. En ella trabajó hasta 1751. Murió en Guadalajara en 1763. Además de varias cartas e informes preparados por él, se conserva un importante trabajo suyo titulado *Historia de las misiones jesuitas en la California Baja, desde su establecimiento hasta 1737*.

años de la de San José del Cabo y su restaurador después del alzamiento general y muerte del V. P. Nicolás Tamaral, su primer fundador. Y porque esta misión había quedado, después de las referidas epidemias, aún con menos gente que las otras, determinaron los superiores que se redujese a pueblo de visita de la de Santiago, de donde, aunque dista de doce a catorce leguas, como es tierra llana, podía ser administrada. Pues a más de las razones arriba insinuadas, hacía de algún modo necesaria esta nueva determinación una cláusula que, en la fundación de esta misión de San José, insertó su fundador el señor Marqués de Villa-Puente, que decía que *en caso de que en algún tiempo no fuese necesaria esta misión entre los pericúes, se trasladase al norte con nombre de Santa Gertrudis Magna*.²⁵ Este caso había ya llegado; porque no era necesaria en el sur, y lo era mucho en el norte, pues la fundación que se creyó por muchos años asegurada, de Nuestra Señora de los Dolores del Norte, no llegó en fin a tener efecto, y para establecerla con misionero separado, en el paraje en que debía ponerse, fue necesario aplicarla a la fundación de la de San José del Cabo.

Ni deja de proveerse el galeón de Filipinas, aunque el padre misionero no viva en San José, sino en Santiago; porque se le asiste y provee como antes de cuanto necesitan los navegantes, y cuanto el padre pueda prevenir para su alivio.²⁶ Luego que desde San José divisan el navío que se acerca, se despacha al punto este aviso al misionero (si no es que actualmente se halle de visita en aquel pueblo, o llamado por algún enfermo), el cual, sin detención, da las providencias necesarias para que acerquen el ganado mayor a San José a la mayor brevedad posible, y que, con la misma, lleven de Santiago la hortaliza que hubiere, y lo demás que pueda ser con-

Dicha obra ha sido publicada en inglés bajo el título *The Indian Uprising in Lower California 1734-1787, as Described by father Sigismundo Taraval*, Marguerite Eyer Wilbur (trad., introd., y notas), Los Ángeles, The Quivira Society, 1931, v. 2.

²⁵ Más abajo trataré Del Barco acerca de la fundación de la misión de Santa Gertrudis entre los cochimíes en el año de 1752.

²⁶ Como se sabe, desde el establecimiento de las primeras misiones en California, se había tenido muy presente la necesidad de prestar auxilio a quienes venían en la nao de Filipinas que, tras una muy larga travesía, se veían requeridos de socorro a su paso por las costas de la península. La relación que aquí hace Del Barco trata con cierto detalle de este asunto.

ducente a obsequiar y aliviar sus trabajos a los navegantes. Luego se pone en camino para San José, en donde tiene prevenida con más abundancia buena hortaliza, que para este fin se siembra a tiempo. Previénese comida para todos cuantos saltaren en tierra y llegaren a la casa del padre misionero. En ella se pone mesa para los oficiales del mar y guerra, pasajeros, y otros españoles de alguna distinción que vienen con el navío que, casi todos, a excepción del comandante, salen a tierra. Procura el padre regalarlos con cuanto se halla conducente y ha podido reservar en todo el año, y prevenir para esta ocasión, en que la caridad y urbanidad le obligan al desempeño, sin más interés que el obsequiar y regalar a sus huéspedes. Para los grumetes y otra gente de mar hay también, separadamente, comida abundante, aunque más ordinaria, mucha carne fresca y tortillas de maíz, como se usa en la Nueva España. Y porque no toda la gente de esta clase puede llegar a la casa del padre, suele éste mandar que en la playa, por la parte en que se desembarcan para hacer la aguada, se pongan unas calderas, en que se cuece carne de res, para que los pobres filipinos, que están ocupados en la aguada, tengan este alivio de comer carne fresca sin perder el tiempo de su trabajo.

Demás de esto, se embarca vivo tanto número de ganado mayor y menor, vacas y carne, cuanto el general o comandante del navío pide por lista que remite al padre, como también alguna porción de maíz (que también suelen pedir), hortaliza, gallinas y otras menudencias, pero estimables en una navegación. Si el comandante pide, o se insinúa por unas cabras para tomar leche en la navegación, o por unas vacas con sus becerrillos para lo mismo, luego el padre las manda embarcar. Y lo mismo se entienda dicho de cuanto se halla en aquella tierra. Todo esto han dado siempre los padres liberalmente y sin poner precio a cosa alguna; y en correspondencia de ella envía el general (así llaman al comandante en aquel navío), algún regalo de ropa de algodón, alguna seda para la iglesia, y platos de china con sus tazas. Este regalo es mayor o menor según es el general: y nunca excede (o habrá sido rarísima vez) al importe de lo que ha recibido; ni el comercio de Filipinas está tal (según ellos cuentan), que permita liberalidades aun a los ánimos de suyo generosos. Este regalo del general es sólo en correspondencia de lo que el padre misionero le ha enviado al navío para lo restante del viaje; porque lo

que gasta en tierra con todos los que salen a ella, según arriba queda insinuado, todo va puramente por la caridad y la urbanidad que las circunstancias exigen de un hombre de bien, cristiano y religioso, para con unos huéspedes de nuestra nación, maltratados con navegación tan dilatada. Ni era bien que el padre pidiera, ni admitiera paga o recompensa por esto, y que no se diferenciara su casa de una hostería o mesón. Conténtase con que todos vayan, como van, muy agradecidos a la caridad con que allí han sido tratados.²⁷

Con la misma caridad y desinterés se han portado siempre los padres con los navegantes enfermos. Si éstos no están agravados, y en los tres o cuatro días que se detiene allí el navío, se han restablecido, de suerte que puedan proseguir viaje sin peligro de su salud, se embarcan. Si la enfermedad no les permite embarcarse, se quedan allí hasta sanar o morir, entregados enteramente a la beneficencia del padre misionero cuando ha de asistirlos, y los ha asistido en lo espiritual y temporal, en que le ha sido posible, no sólo por el tiempo de la enfermedad, sino también después de sanos, hasta que tengan ocasión de embarcarse. Y esta misma oportunidad de embarcación es menester que el padre se la procure para pasar a Matanchel; desde donde pueden ellos transportarse a México. Será superfluo dilatarnos más en esto; pues queda ya referido, en el capítulo XIX de esta tercera parte,²⁸ el modo con que el venerable padre Nicolás Tamaral se portó con los navegantes, y con los tres enfermos que le dejó el galeón de Filipinas el año de 1734, la primera vez que llegó a aquella bahía, porque de la misma suerte han sido tratados sanos y enfermos por los demás padres que le han sucedido en aquella misión desde el año de 1740 (en que, restablecidas las misiones después del alzamiento general del sur, volvió a llegar a la misma bahía el galeón), hasta el de 1767 inclusive, en que, pocos días antes del extrañamiento de los jesuitas, llegó, como solía y fue abastecido como todos los años antecedentes. Con sólo esta diferencia que el año de 1734, como estaba la misión de San

²⁷ Dadas las múltiples acusaciones de que fueron objeto los jesuitas, en el sentido de haberse dedicado al comercio en California, cabe percibir en estos párrafos de Del Barco un propósito de justificada defensa.

²⁸ Alude aquí Del Barco al texto de Venegas y Burriel; véase Venegas, *Noticia de la California...*, 1943, t. II, p. 285.

José del Cabo recién fundada, se hallaba el padre Tamaral en gran pobreza de un todo; y como le cogió de improviso la llegada del navío, necesariamente había de ser escaso el socorro que dio a los navegantes, aun dando todo lo que tenía. Pero después, como se había criado ganado en bastante abundancia, y se aguardaba cada año el galeón, se hallaba el padre prevenido para recibirle y proveerle del modo que queda dicho.

Todo esto es notorio a cuantos han navegado de Filipinas a Acapulco desde el año citado de 1740 hasta el de 1767. Y todos en reconocimiento del beneficio, así generales como oficiales de mar y guerra, religiosos, con otros pasajeros y demás gente de navío, han mostrado su agradecimiento con las más vivas expresiones. Mas como no hay regla sin excepción, no ha faltado un general que, en uno de estos últimos años, quisiese ser excepción de esta regla; porque, enviando al padre misionero el regalo acostumbrado en correspondencia de lo que había recibido, le acompañó con carta que, en lugar de agradecimientos, estaba llena de injurias y de improperios; de suerte que nadie de los que saben lo que allí pasa en tales ocasiones podía leerla sin admirarse mucho de que tal correspondencia se diese a quien tanto se afana por el alivio de aquellos navegantes. Bien se conocía que su ánimo estaba no sólo teñido sino empapado de aversión a los jesuitas y que era uno de aquéllos que no hay obra buena de éstos que no quieran deslucirla o no la interpreten a mal. El pretexto que tomó para explicarse con tan extrañas expresiones, fue decir que el haberse detenido allí cinco días, cuando en otros años solía tardar el galeón sólo tres o cuatro en hacer la aguada, embarcar el ganado y todo lo comestible, había sido por descuido y muy culpable negligencia del padre y añadía que sus quejas sobre este particular las haría pasar a las cortes de México y de Madrid.

No sabemos si a esta última llegaron: puede suponerse que sí, viendo que, en cuanto a la de México, cumplió su palabra e informó a su gusto y según su idea, al excelentísimo señor virrey, que lo era en aquel tiempo el señor marqués de Cruillas, don Joaquín de Monserrat, quien con tal informe quedó no poco impresionado contra el misionero de San José del Cabo. Mas como varón prudente, habiendo pasado a México cuatro sujetos de los más distinguidos que

habían venido en el mismo navío, quiso saber de ellos lo que realmente había pasado en la California. Los cuales tanto mejor podían informar que el general, cuanto por haber saltado a tierra en el tiempo de la aguada y de recibir el refresco, habían sido testigos oculares de lo que allí hubo. Todos uniformes respondieron a los que les preguntaron que el general no tenía razón en quejarse, que el padre misionero se había portado muy bien así con los que salieron a tierra, como en la provisión del navío, que no había sido culpable en la detención de uno o dos días más que otros años, pues ésta consistió en que, por el viento que corría, no podía la lancha del navío hacer más viaje a tierra que uno cada día; por lo cual fue necesaria la detención para el embarque de todo.

Con este informe quedó enteramente satisfecho el señor virrey. Pero habiendo sabido, con esta ocasión, que el modo de abastecerse allí el galeón era que el padre enviaba al embarcadero las provisiones sin pedir cosa alguna por ello y que el general, en correspondencia le enviaba algunos géneros a su arbitrio, viendo que este modo estaba expuesto a inconvenientes, mandó que, en adelante, el misionero dijese el justo precio de lo que entregaba al navío y que el general lo pagase antes de salir de allí; y de haberlo pagado debía el mismo padre avisar a México. Para obedecer al señor virrey fue necesario que el padre mudase en parte de conducta en aquellos últimos años, y que pusiese precio a las provisiones que entregaba al galeón. Mas, para que se viese que esto lo hacía solamente por obedecer a su Excelencia y no por su propio arbitrio, y menos por su interés o de su misión, determinó, con el dictamen de sus superiores, observar lo siguiente: lo primero, que sólo pondría precio a las cosas de más entidad que entregaba, *verbi gratia*, ganado vacuno, carne y maíz. Y que otras cosas de menos monto, aunque muy apreciables a los navegantes, como son hortaliza, frutas y cosas semejantes, las enviaría puramente de regalo. Lo segundo, que el precio que pondría a las cosas ya dichas, sería inferior al que tienen en la California así el ganado como lo demás. Lo tercero, que, en cuanto recibir en su casa a todos los que saliesen a tierra, no se les haría novedad alguna; sino que a todos, sanos y enfermos, los trataría con la misma caridad, libertad y desinterés que siempre se ha usado. Así

lo practicó el padre los pocos años que después de esto permanecieron allí los jesuitas.

Ya que en este lugar hemos referido el modo de recibir y abastecer en la California al galeón de Filipinas, advertiremos también a los lectores que no extrañen el que no se haya hecho mención alguna de vino entre las provisiones que se les entregaban, no obstante el saberse que en la California se hace bastante de este género. Es verdad que se hace algún vino, mas no en todas las misiones y particularmente en el sur no se hace vino, porque, aunque se ha intentado, sale tan malo que con dificultad se puede beber.²⁹ Tampoco hay vino en las misiones que se siguen, caminando hacia el norte, que son las de la nación guaycura; porque no tienen agua para el riego que necesita una viña o un parral, como todo cuanto se planta, o se siembra en toda esta península. Solamente en las misiones de la nación cochimí, desde Loreto para el norte, en las más de las misiones, que son San Javier, San José de Comondú, La Purísima Concepción, San Ignacio y Santa Gertrudis, han probado bien las parras y suele salir el vino bueno; aunque mucho se pierde y avinagra. Los padres de estas últimas naciones envían algún vino de regalo o de limosna a los otros padres que no lo tienen; mas, como las distancias son tan grandes, especialmente respecto de los del sur, y poca veces se logra embarcación que haya de llegar allí y con que se pueda proveer a los padres de este licor, sucede frecuentemente que hay temporadas en que apenas tienen vino para decir misa. Y por esta razón está tan lejos el misionero de San José del Cabo, o de Santiago, de entregar vino a los navegantes, que, algunos años, del vino que traen en el galeón para misa recibe de ellos por favor algunas botellas, para poder el mismo padre celebrar, ínterin le viene nuevo socorro de las misiones del norte. Con esto se ve claramente lo mal informado que acerca de la California y sus misiones estaba el inglés mister Walter, como lo demuestra el autor de la *Noticia de la California*, en la parte IV, apéndice V.³⁰ Mas, aunque sabía este autor que en algunas misiones de esta península (no en

²⁹ Nuevamente asume aquí Del Barco una postura apologética ante las falsas acusaciones de que, también en este punto, fueron objeto los jesuitas.

³⁰ Venegas, *Noticia de la California...*, 1943, t. III, p. 131-146.

todas), se hacía algún vino, como no estaba informado si también en el sur se hacía o no, ni era fácil informarse de esta menudencia escribiendo en Madrid, no pudo en ese particular contradecir al citado Walter en lo que de él refiere a la página 220, de la misma parte IV, o tomo III, diciendo: “Añade Walter que el principal establecimiento de los jesuitas (habla de los misioneros de la California) es alrededor del Cabo de San Lucas, donde se han juntado muchos indios, y se ha trabajado en formarlos en agricultura y artes mecánicas, de modo que hacen bastante vino, cuyo gusto se acerca al del vino mediano de Madera.” A lo que contra esto dice muy bien nuestro autor, se debe añadir, que ni en las cercanías del Cabo de San Lucas, ni en todo el sur, ni más adelante, por espacio como de ciento cuarenta leguas, se hace vino. Y lo que los padres gastan es traído de las misiones de los cochimíes o del norte: de donde también era el con que alguna vez, aunque rara, ha regalado el padre misionero al general o al capellán del navío.

Igualmente estuvo mal informado, o procedió de mala fe, mister Walter, alegado por nuestro autor en el lugar citado, página 221, donde, después de haber dicho, entre otras cosas, que los principales interesados en el galeón de Filipinas son las casas de los jesuitas de Manila, añade: “por tanto, en consecuencia de las medidas tomadas entre los jesuitas de Manila y de la California, se manda al capitán del galeón procurar acercarse por el lado del norte al Cabo de San Lucas; y los habitantes luego que descubren este navío, tienen orden de encender ciertos fuegos. A la vista de estas señales, el capitán envía su chalupa a tierra con veinte hombres bien armados, que llevan las cartas de los jesuitas de Manila a los misioneros de California; y que vuelven al navío con los refrescos, que estaban prontos, y con los avisos de los enemigos que puede haber en la costa. Si el capitán sabe por estos avisos que no hay qué temer, debe dirigir su derrota sobre el Cabo de San Lucas, y después sobre el de Corrientes para seguir la costa hasta Acapulco”. No me detendré en demostrar la falsedad de que los jesuitas de Manila sean los principales interesados en el galeón de Filipinas y que, en consecuencia de las medidas tomadas entre los jesuitas de Manila y de la California tiene orden el mismo galeón de acercarse al Cabo de San Lucas; porque todo esto y otras cosas que dice Walter impuga en el

lugar citado nuestro autor³¹ con mucho acierto y verdad, como imposturas de los enemigos de los jesuitas y de la religión católica romana. Si así hablan y escriben aun cuando la falsedad es notoria en Filipinas, en México y aun en Madrid, ¿qué se puede esperar escriban en otras materias, en que, por más que sean imposturas, no sea, por su naturaleza, tan demostrable y evidente para el público la falsedad?³²

Sólo añadiré lo que voluntariamente, y sin fundamento, se dice, que los habitantes de la California tienen orden de encender fuego luego que descubren el navío; porque ni se da tal orden de encender fuegos por señal (que sería muy falible), de estar pacífica la tierra, ni tales fuegos se encienden, sino es que casualmente los indios los hayan encendido o enciendan para sus menesteres. Lo segundo, con igual voluntariedad y falta de fundamento, dice míster Walter que, en vista de las señales, envía el capitán su chalupa a tierra que lleva las cartas de los jesuitas de Manila a los misioneros de California; y cartas que son (por lo que deja dicho) concernientes a comercio; porque no hay tales cartas de unos jesuitas a los otros, que traten ni se rocen de modo alguno con lo perteneciente a comercio. Algunos de los jesuitas de Manila pudieron en Europa haber conocido, y aún tenido amistad con otros misioneros de la California y, teniendo aquellos la oportunidad del navío, que cada año sale de Filipinas y ha de tocar en la misma California, no hay cosa más regular que con él escribieran a éstos, sin más motivo que el de la antigua amistad, y darles noticia del lugar, y la ocupación a que les ha destinado la obediencia. Pues esto que es tan natural, quizá nunca habrá sucedido, y lo que puedo asegurar es que, si alguna vez ha traído el galeón alguna carta de jesuita de Filipinas para otro de la California amigo suyo, habrá sido rarísima, y que casi siempre viene sin carta alguna de esta naturaleza, ¿cuánto menos las que se fingen pertenecientes a comercio?

Lo tercero, míster Walter da a entender claramente que las señas de los fuegos, el enviar la chalupa a tierra con las cartas,

³¹ Se refiere al padre Andrés Marcos Burriel, que publicó en Madrid, en 1757, la *Noticia de la California* debida a Miguel Venegas.

³² A continuación, y entrando en una especie de alegato escolástico, tan de su agrado, refuta Del Barco ésta otra de las aseveraciones hechas por Walter.

recibir los refrescos y noticias acerca de enemigos, todo esto se hace en la costa occidental de la California, antes de llegar al Cabo de San Lucas, pues dice que si el capitán sabe por estos avisos que no hay que temer, *debe dirigir su derrota sobre el Cabo de San Lucas, y después sobre el de Corrientes*. Luego, antes de llegar al Cabo de San Lucas recibe estos avisos con los refrescos, y después no se detiene en el Cabo de San Lucas o sus cercanías, como tampoco se detiene en el de Corrientes, sino que solamente navega sobre estos cabos. Pero todo esto está tan lejos de la verdad que ni una sola vez ha sucedido. Cuantos trafican aquellos mares, cuantos están informados de la carrera de Filipinas, se habrán reído de este escritor, viendo el desembarazo, y satisfacción con que afirma lo que nunca ha habido ni hay. Los habitantes de la California cristiana por lo regular, no ven pasar el galeón, ni se sabe de él hasta que ha llegado a San José del Cabo de San Lucas, o va a entrar en la bahía de San Bernabé, doblado ya el mismo cabo. Solamente desde el pueblo de Todos Santos (que está cerca de dicho cabo y antes de llegar a él), le han visto, alguna u otra vez pasar a lo lejos; mas nunca ha enviado chalupa o lancha a tierra ni pudiera, en aquella costa brava y sin surgidero, sin peligro evidente de perderse. Es pues cierto que, mientras estuvieron los jesuitas en la California nunca el galeón se ha arrimado a tierra, ni enviado a él la chalupa ni cosa equivalente; sino sólo en la bahía de San Bernabé, en donde da fondo, y allí únicamente ha recibido los refrescos.

Por lo que toca a tiempos más antiguos, hay claros indicios de que algún navío de Filipinas se arrimó, por su desgracia, demasiadamente a la costa y que pereció en ella. Porque en la costa occidental, a los 30 grados de latitud con poca diferencia, hay muchos pedazos de loza china.³³ Hallaron los indios en este paraje, y llevaron a la misión, un caudelero de metal en figura de un pequeño perro que, sobre su espalda, lleva el cubo para la vela: especie de candeleros que llevan los filipinos a Acapulco. Hallaron también una porción

³³ Esta alusión de Del Barco parece referirse a un lugar que se conoce como Punta de Mal Arrimo, sitio poco accesible, dentro de la bahía de Vizcaíno, situado no en el paralelo 30 sino más abajo. Véase acerca de lo anterior, Fernando Jordán, *El otro México: biografía de Baja California*, México, Biografías Gandesa, 1951, p. 29-30.

de cera sin labrar, pero tan negra, que los indios cristianos, acostumbrados a ver la cera que se gasta en las iglesias, no pudieron conocer lo que era: probaron con los dientes y se desengañaron de que no era comida. Llevaron un pedazo a la misión y lo mostraron al padre misionero a ver si lo conocía, y si fuere cosa que pudiese servir de algo. El padre por algún tiempo estuvo suspenso sin venir en conocimiento de lo que podía ser, hasta que, reparando en su textura y que, echándola en el fuego se derretía al punto y ardía, conoció que era cera. Con esto trajeron los indios más cantidad, y el padre procuro blanquearla, para que, haciendo de ella velas, sirviera en el altar para las misas; mas nunca se pudo conseguir su blanqueo sino que quedó de un color pardo y mucho más oscuro que el que tienen las ceras que llamamos *amarillas*. Se ha hallado esta cera cubierta de mucha arena, que el mar ha echado sobre ella. En fin, trajeron los mismos indios a su misionero tres o cuatro monedas de plata, como de dos reales cada una, que hallaron en la misma playa, y por lo menos una de ellas tenía la inscripción de Felipe II, rey de las Españas. Las cuales monedas luego se enviaron a México, para memoria o prueba de haber hallado los referidos indios de nave perdida antiguamente en aquella costa. Mas no hay memoria entre los indios ni tradición del fracaso de este navío; ni de que hubiese quedado viva alguna gente de él. A la verdad aquella playa es tan desapacible, tan falta de agua para beber, y lo más del año tan fría y llena de nieblas que, si alguna gente llegó viva, pero enferma, o falta de fuerza para caminar por aquellos dilatados arenales, era necesario morir de sed, de frío y de miseria. Por eso los indios del país no viven en esta playa, y cuando vienen a ella a sus tiempos a coger algún marisco, como ostiones o almejas, sólo se detienen allí el tiempo que les dura el agua que han traído de otras partes en vejigas o cosa semejante, que es día y medio o, cuando más, dos días; luego, la sed les obliga a retirarse hacia la sierra.

Ya que hemos hablado de las mutaciones que se hicieron en las misiones del sur, diremos con esta ocasión las que se han hecho en otras misiones, o mudanzas de sus pueblos, de que no se ha hablado en esta *Historia*,³⁴ para que los que la hubieren leído en su primera

³⁴ Alude a la *Noticia de la California*.

edición, y pasaren a aquellas tierras, o habiendo estado en ellas, la leyeran, no extrañen el que tal vez no concuerde lo que han leído con lo que ven, o lo que han visto con lo que leen. Y pues hemos comenzado por las del sur, proseguiremos por el orden que tienen sus territorios, caminando hacia el norte, advirtiendo que las misiones que no han tenido especial mutación, no se nombrarán aquí.

La misión de Nuestra Señora de los Dolores fundó el padre Clemente Guillén en la playa de Apaté, en el golfo californico;³⁵ en que estuvo la cabecera por espacio de dos años, hasta que, reducidos y bautizados los indios pertenecientes a aquella misión (que ocupaban un gran territorio), para que con más facilidad, y sin el trabajo de bajar a la playa, pudieran acudir a la cabecera, la mudó el mismo padre a otro paraje sobre la sierra, llamado Tañuetía, en lengua de los indios, como ya queda referido en esta *Historia*. Sólo falta que advertir, que a este mismo paraje, desde los primeros años de esta misión, pusieron el nombre de La Pasión del Señor. Y por estar en el camino de Loreto para el sur, era muy conocido este sitio con el referido nombre de La Pasión. Después, aunque se trasladó a él la cabecera de la misión, prevaleció no obstante este nombre; de suerte que en la California, por lo común, no se llama Los Dolores, como las demás cabeceras de las misiones se llaman del nombre de sus patronos, sino que vulgarmente se ha quedado el nombre de La Pasión.

La misión de Loreto, demás del pueblo de visita San Juan de Londó, tuvo otro que formó el mismo fundador de aquella misión, el venerable padre Juan María de Salvatierra,³⁶ en un arroyo, abun-

³⁵ Clemente Guillén de Castro, nacido en Zacatecas en 1677, ingresó como jesuita en el Colegio de Tepotzotlán en 1714. Tras estar algún tiempo en Sinaloa, llegó a la península en 1714. A él se debe el primer reconocimiento de la bahía de la Magdalena en 1719 y un año más tarde su participación en la fundación de la misión de La Paz. En 1721 estableció él también la misión de Nuestra Señora de los Dolores del Sur. Guillén fue uno de los trabajadores más incansables en California. Su muerte acaeció en 1748, en Loreto.

³⁶ No es éste el lugar para tratar acerca de la vida del gran iniciador de las misiones en la península de California, el padre Juan María de Salvatierra. Nacido en Milán, Italia, en 1648, se hizo jesuita en 1668. Llegado a México en 1675, a él se debió, conjuntamente con el padre Eusebio Francisco Kino, el establecimiento definitivo de las misiones californianas. Después de su entrada en octubre de 1697 a la que iba a ser la misión de Loreto, dedicó buena parte de su vida a la expansión

dante de agua, que descubrió subida la sierra, y en lo más interior de la tierra que llaman San Ignacio. Y porque de este descubrimiento no se hace mención en esta *Historia*,³⁷ siendo uno de los mejores hallazgos que en esta línea ha habido en toda la península, será bien que aquí suplamos esta falta y demos noticia de él.

Con la ocasión de tener el padre Salvatierra el pueblo de visita San Juan de Londó (que era de la nación cochimí), supo que, subiendo la sierra inmediata a dicho pueblo, y caminando después algunas leguas al poniente, se hallaba un arroyo con mucha agua y lleno de carrizal. Con esta noticia determinó pasar a reconocerle, lo que ejecutó no sin gran dificultad en subir la sierra, que es agria. Por el mismo tiempo tuvo noticia del mismo arroyo el padre Juan de Ugarte,³⁸ y asimismo determinó ir a verle desde su pueblo de visita, Santa Rosalía, desde donde dista ocho leguas al noroeste y, aunque en este camino hubo varias dificultades que vencer, en hacer trajinables varias cuestas y barrancos que se encuentran (lo cual es común y ordinario en los primeros viajes, que se hacen por tierras tan ásperas), la mayor dificultad fue el bajar al arroyo desde donde se empieza a descubrir, que es cuando ya casi le tiene el caminante a los pies. Porque la bajada es agria, larga y precipitada, más, en fin, rompiendo peñascos y apartando piedras, se pudo formar camino para bajar. Por la parte del norte tiene este arroyo semejante cuesta, aunque ni tan alta ni tan áspera por algunas partes. Entre una y otra cuesta va el arroyo en un plano (que en aquel tiempo casi todo estaba lleno de carrizal), como de 60 varas de ancho, en partes menos, y en partes más. El agua es abundante y permanente; ni se aumenta este manantial los años en que hay más copiosas lluvias,

de esta empresa evangelizadora. Su muerte acaeció en Guadalajara el 18 de julio de 1717 cuando iba de camino a México para tratar asuntos relacionados con California. Entre las obras más recientes acerca de este iniciador de los trabajos jesuíticos en la península, véase Juan María de Salvatierra, S. J., *Selected Letters about Lower California*, Ernest J. Burrus, S. J. (trad. y notas), Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1971 (Baja California Travels Series, 25).

³⁷ Alude aquí Del Barco a la *Noticia de la California*.

³⁸ El padre Juan de Ugarte, otro de los más célebres misioneros jesuitas de California, nació en Tegucigalpa, Honduras, en 1660. Amigo de Kino y Salvatierra, pasó a la península en 1700. A él se debieron varias fundaciones misionales y sobre todo haber mantenido con el máximo entusiasmo la difícil tarea de la conquista espiritual. Ugarte murió en la misión de San Javier el 28 de diciembre de 1730.

ni se disminuye aunque pasen algunos años consecutivamente sin llover casi nada. Viendo el padre Ugarte sitio tan oportuno para una buena labor, trató de hacer allí casa e iglesia y formar un pueblo de varias rancherías gentiles de aquellas cercanías, que tenía ya aficionadas al cristianismo, para que más fácilmente pudiera catequizarlas e instruir las para el bautismo al mismo tiempo que, con otra gente, que llevó para el trabajo, se rozaba el carrizal y se disponía la tierra para siembras. Estaba ocupado en estos trabajos, cuando tuvo noticia que el padre Salvatierra, empleado en otros semejantes, se hallaba en el mismo arroyo, una legua más arriba: porque los dos padres, sin saber uno de otro, vinieron por diversos rumbos a descubrir una misma agua. Se vieron y consolaron mutuamente. Y viendo que el arroyo, cultivándole, era capaz no sólo de mantener los dos pueblos que intentaban fundar en él, sino aun de dar socorro para mantener el presidio de Loreto en casos necesarios, determinaron que cada uno de los dos prosiguiese en la forma de su pueblo, en la reducción e instrucción de la gente que los debía componer, agregándola a sus respectivas misiones, y en el cultivo de la tierra de aquel arroyo, que debía pertenecer a aquel pueblo de los dos que le cayese más cerca. Siguióse este plan y le fueron poniendo en ejecución según podían y les daban lugar las demás ocupaciones en los otros pueblos. El que en este sitio formó el padre Ugarte se llamó San Miguel, y el padre Salvatierra puso por nombre al suyo San Ignacio. Este arroyo es el que después se llamó y se llama San José, por haberse mudado a él la misión de este nombre, que se había fundado años antes en Comondú.

Tenían muy presente estos apostólicos varones cuántas veces la conquista comenzada de la California, después de grandes gastos, se había desamparado por la esterilidad de la tierra que habían descubierto, en que ningunos víveres se podían lograr; y cuántas veces los mismos padres habían experimentado el peligro de que también en su tiempo se desamparase, por no poder mantenerse en ella, cuando o no se hallaban bastimentos en la costa de enfrente, o no había embarcaciones suficientes para el transporte de todo cuanto era menester. Por eso, cuando hallaban algún manantial abundante, cuya agua pudiese sacarse para regar, aunque fuese un corto pedazo de tierra, se procuró aprovechar a costa de mucho

trabajo, porque en la California, en que las lluvias son tan pocas, nada se puede sembrar, ni aun plantar un árbol fructífero, ni conservarle, sin tener asegurada el agua con que regar frecuentemente lo sembrado o plantado.³⁹ Y, por otra parte, los indios californios nada, nada, cultivaban, ni les servía el agua para otra cosa que para beber, y sólo se sustentaban de lo que el monte y campo produce por sí mismo sin cultivo. Se procuraba, digo, aprovechar cualquiera manantial algo abundante para que así, no sólo hubiese con qué mantener a los indios formando pueblo, sino también a los soldados, marineros y otros oficiales necesarios, y las familias de todos éstos por lo menos en aquellas temporadas en que faltaren los víveres que se traen de la otra parte del mar. Y mientras más socorros hubiera de ella en la misma California, tanto más se aseguraba la conquista y su cristiandad, y así estos trabajos, empleados en lo temporal, eran al mismo tiempo muy del servicio de Dios y del rey; y por este fin se aplicaban a ellos los padres con todo afán, principalmente el padre Juan de Ugarte.

Por el mismo motivo transportó el padre ganados de todas especies, para que, multiplicándose en aquella tierra, hubiera en ella carnes suficientes para el consumo y abasto, y bestias de carga y sillas necesarias para el trajín; y eso menos dependiese de la costa de Nueva España. El mismo fin tuvo en llevar varios árboles frutales, que han probado muy bien, especialmente las parras, de que se hace buen vino en varias misiones; y no sólo está proveída la California de este género, sino que provee de él a buena parte de la provincia de Sinaloa para las misiones, para las cuales con mucha dificultad pueden proveerse de vino traído de otras partes; por la cual escasez muchas veces los padres de aquella provincia no decían misa por falta de vino, o para reservar el poco que tenían para los días festivos. En la California hubiera sido mayor esta escasez y esta falta, si no hubiera habido el cuidado, industria y aplicación que se ha puesto

³⁹ Las ponderaciones que hace aquí Del Barco acerca del problema del agua en California reflejan la permanente preocupación de los misioneros en su empeño por organizar establecimientos donde pudieran pasar a vivir los indígenas. Como poco más abajo lo nota nuestro autor, de la existencia del agua parecía casi depender la realidad de la conquista espiritual.

en lograr, entre otros, este fruto tan necesario principalmente para el divino sacrificio y aumento de la religión.

Después de la dichosa muerte del venerable padre Salvatierra, se determinó que los pueblos de visita de la misión de Loreto, San Juan de Londó y San Ignacio, por caer lejos, y ser de lengua distinta de la que se hablaba en la cabecera, se agregasen a la misión de San José de Comondú, pues eran todos estos pueblos de la misma lengua y podían ser de esta suerte administrados con menos dificultad que desde Loreto;⁴⁰ cuyo misionero, por ser al mismo tiempo procurador de las misiones, y tener a su cargo el cuidado en lo espiritual y temporal del presidio, y de los barcos, no podía apartarse de Loreto. Y así corrieron después dichos pueblos haciendo parte de la misión de San José.

La de San Francisco Javier, fundada primeramente sobre la sierra, como a siete leguas de Loreto, tuvo estos pueblos de visita: San Pablo, Santa Rosalía, San Miguel, Dolores y San Agustín, fuera de otras rancherías vagantes hacia el mediodía respecto de San Javier. El de San Pablo distaba de la cabecera dos leguas al sur, más abajo, pero en el mismo arroyo; el cual corre (cuando tiene agua) al océano. Fundóle allí el padre Juan de Ugarte por la comodidad del agua-je que tiene, más abundante que el que hay en la que era en aquel tiempo cabecera. Descubrióle el mismo padre el año de 1706, de vuelta del viaje que hizo al registrar la contracosta con soldados y 40 indios yaquis, como se refiere en esta *Historia*, al capítulo IX, página 196.⁴¹ Luego que vio el agua, le pareció que no se debía perder tiempo en aprovecharse de tan oportuno socorro, que podía serlo grande para la misión y para la conquista. Quedóse allí con los indios

⁴⁰ Tenemos aquí otro ejemplo de la ya mencionada necesidad de trasladar a los indígenas de un lugar a otro, especialmente cuando éstos se veían cada día más disminuidos.

⁴¹ Se refiere Del Barco a la expedición que hizo Ugarte, en noviembre de 1706, con rumbo al Mar del Sur, o sea a las costas del Pacífico. El reconocimiento de las costas, a lo largo de más de doce leguas, no obtuvo, sin embargo, los resultados apetecidos. Ello impidió el establecimiento de alguna misión en el litoral occidental, lo que no se lograría sino mucho más tarde en el lugar conocido como Todos Santos. Se obtuvo entonces, al menos, la localización de un sitio más adecuado para la antigua misión de San Javier que, en consecuencia, fue trasladada a él. La cita que hace aquí Del Barco corresponde a *Noticia de la California...*, 1943, t. II, p. 129-131.

yaquis, que se ofrecieron prontos a ayudarle en el trabajo.⁴² Envió a la misión, esto es, a su casa, por hachas, azadones y otros instrumentos para desmontar, arrancar piedras, abrir zanjas, y disponer la tierra para sembrar. Y como los yaquis estaban hechos al trabajo, dirigidos por el padre Ugarte, y con su ejemplo, en poco tiempo hicieron mucho, y levantada una presa en el arroyo para encaminar el agua a la zanja prevenida, se comenzó desde luego a establecer allí una siembra.

Vencida la mayor dificultad, despachó los yaquis pagados y contentos a su tierra: y el padre prosiguió después con los suyos en disponer más tierra y aumentar la sementera, según lo que el agua alcanzaba a regar; de suerte que logró allí muy buenas cosechas de trigo y maíz, que fueron de mucho alivio en aquellos calamitosos tiempos. En este sitio edificó iglesia y casa para el padre, con otras para indios, y formalizó pueblo. Allí plantó un parral, y después una viña, de que se comenzó a hacer el primer vino en la California. Y cuantos árboles frutales pudo conseguir de la Nueva España, plantó en este terreno, de donde, después, se llevaron al pueblo de San Miguel⁴³ cuando se fundó, y de allí sucesivamente a las otras misiones. Fue escaseando notablemente el aguaje de San Javier, de suerte que ya no podía el padre Ugarte sembrar ni aun lo poco que antes sembraba, y así era necesario que su residencia más ordinaria fuese en el nuevo pueblo de San Pablo, a donde se fue mudando la gente del de San Javier que, en fin, quedó desamparado. De esta suerte este mismo pueblo de San Pablo quedó hecho cabecera de la misión. Y como el patrono y titular de ella es San Javier, de aquí vino que este pueblo, dejado el nombre primero de San Pablo, se comenzó a llamar de San Javier, como asiento que es de la misión de este nombre y cabecera de ella, distante de Loreto nueve leguas.

Y como el sitio en que primero se asentó esta misión de San Javier quedaba desocupado de gente que habitase aquel territorio, y había algunas pequeñas rancherías de la misma lengua y misión que vagueaban por muchas leguas distantes de su cabecera, de donde alguna distaba quince o más leguas hacia el mediodía, convinie-

⁴² Debe destacarse que, en diversas ocasiones, indígenas yaquis traídos de las misiones de los jesuitas en Sonora, fueron eficaces colaboradores suyos en California.

⁴³ Referencia al pueblo de San Miguel de Comondú.

ron éstas fácilmente en juntarse a formar un pueblo, y mudarse a vivir en el dicho paraje desocupado que se llamaba de San Javier Antiguo, nombre que aún conserva. Sólo pidieron que en el tiempo de pitahayas y otras semillas (que es el estío y parte del otoño), se les había de permitir el ir todos a su tierra para recogerlas, lo cual se les ha concedido todos los años, y lo restante del tiempo viven en territorio de San Javier Antiguo, desde el año de 1737. Demás de esto, el pueblo de San Miguel se agregó a la misión de San José de Comondú, por caerles cerca y poder, desde ella, ser mejor administrado que de San Javier, distante trece leguas. Y, finalmente, el pueblo de San Agustín (que no era otra cosa que una mediana rancharía al poniente de la misión) se había disminuído mucho; de suerte que casi todos los que quedaban eran o ancianos o endebles; y como al mismo tiempo que esta gente insensiblemente se iba disminuyendo, se iba aumentando la de otros pueblos de la misión, se conocía que su territorio era malsano: por lo cual pareció al capitán don Bernardo Rodríguez,⁴⁴ que el residuo de esta gente se repartiase entre los otros pueblos, y que se agregase cada uno, con su familia, a aquel en que tuviese más parientes, o a donde más gustase. Conviene ellos sin repugnancia esta disposición, se puso luego en práctica, y el pueblo de San Agustín quedó deshecho el año de 1744. De esta suerte le quedaron a esta misión cuatro pueblos, que son los siguientes: primero, San Javier, que es la cabecera: en otro tiempo, el sitio donde está se llamó San Pablo; segundo, Santa Rosalía; tercero, Los Dolores, y, cuarto, San Javier Antiguo.

La misión de San José de Comondú, se fundó el año de 1708 en un paraje llamado, en lengua de la tierra, Comondú, veinte leguas o más al norueste de Loreto; en donde se formó pueblo compuesto de varias rancherías de aquellos contornos. Desde la muerte del venerable padre Salvatierra, se agregaron a esta misión los pueblos de San Ignacio y San Juan de Londó, conquistas del mismo padre Salvatierra y que habían corrido en sus principios como pueblos de visita de la de Loreto. Y como el pueblo de San Ignacio estaba en un paraje abundante de agua, y con tierra, y a propósito para siembra con que poder

⁴⁴ El capitán Bernardo Rodríguez fue hijo y sucesor del célebre don Esteban Rodríguez Lorenzo. De la actuación de uno y otro hablará Del Barco con cierto detalle un poco más adelante.

mantener la misión, cuando en Comondú sólo se había podido sacar agua para regar una pequeña huerta, se mudó la cabecera al pueblo de San Ignacio que, además de lo dicho, estaba en mejor proporción para administrar desde él los otros dos pueblos de Comondú y de San Juan, pues tenía al primero de éstos dos siete leguas al norte, y al segundo diez leguas al oriente cerca de la playa. Puesta aquí la cabecera de la misión de San José (que por el sitio en que al principio se estableció se llamó San José de Comondú, sucedió lo mismo que queda dicho de la misión de San Javier que, trasladada la cabecera a otro sitio, también a él se trasladó el nombre del patrono titular que, por voluntad del fundador, se había dado a la misión. Y así este pueblo fue dejando el nombre de San Ignacio, y tomando el de San José, de suerte que, desde el año de 1738 en adelante, no se le ha dado otro nombre que el de San José; y para distinguirla de otra misión que, con la misma advocación, se fundó en el sur, se llama San José de Comondú, del nombre del paraje en que primero se estableció.

Una corta legua de esta misión, o de esta cabecera, arroyo abajo está el pueblo de San Miguel, conquista del padre Juan de Ugarte, y visita de la misión de San Javier. Y por las razones que quedan dichas, tratando de esta última misión, se determinó que el pueblo de San Miguel se agregase a la de San José, y fuese dependiente de ella.⁴⁵ Y así quedó esta misión con estos cuatro pueblos: primero, San José; segundo, San Miguel; tercero, Comondú, y cuarto, San Juan. Desde el descubrimiento de este arroyo de San José (que así se llama desde que se fijó en él la cabecera de esta misión), y formación de pueblos cristianos en él, se comenzó a limpiar la tierra y hacer algunas sementeras de trigo y de maíz, las cuales se iban sucesivamente aumentando según había comodidad de disponer más tierras de aquellas a que el agua alcanza a regar. De suerte que se llega a coger abundantes cosechas con que no solamente se ha mantenido toda la gente de la misión, sino que en varios años en que ha habido escasez en la costa de enfrente, o falta de barcos en que traer de ella bastimentos a Loreto, se ha proveído de esta misión a los soldados, marineros y oficiales con sus familias, y aun han dado fre-

⁴⁵ Subsisten en la actualidad en el mismo oasis, formado por el arroyo que aquí describe Del Barco, las dos poblaciones vecinas de San Miguel y San José de Comondú.

cuentas socorros a otras misiones necesitadas de bastimentos. Por esa misma comodidad para mantenerse todos en esta cabecera, se mudó a ella toda la gente de los dos pueblos, San Juan y Comondú, en donde no tenían más cosechas que las silvestres que recogían por los montes, y de esta suerte quedaron deshechos dichos dos pueblos, y sólo van a sus territorios, por modo de paseo, alguna vez en tiempo de sus más apreciables semillas.⁴⁶ Últimamente, porque toda la gente de esta misión se ha disminuido mucho, aun los que vivían en San Miguel se han pasado ya a San José, formando allí toda la misión un solo pueblo.⁴⁷

La misión de La Purísima Concepción se estableció primeramente por el padre Nicolás Tamaral⁴⁸ en un arroyo, distante del de San José de Comondú trece leguas al noroeste. Una grande avenida o corriente impetuosa del arroyo robó y llevó las cortas tierras de siembra que allí había, y aunque el padre Tamaral intentó sacar el agua del arroyo de Cadegomó para regar las tierras de sus orillas y sembrar en ellas, poco pudo conseguir. Consiguiólo después su sucesor una legua más abajo, en que, atajando el arroyo con una presa, sacó el agua a varios pedazos de tierra, en que logró buenas cosechas de maíz y trigo. Teniendo aquí bastimentos, se formó pueblo, que presto vino a hacerse cabecera de la misión, y está a cinco leguas al mediodía de donde antes se tuvo, y ocho al noroeste de San José de Comondú. La gente de esta misión de La Purísima Concepción ha padecido sucesivamente notable disminución, de suerte que todos se habían juntado en la cabecera, sin quedar otro algún pueblo de esta misión sino el ya dicho de Cadegomó.

⁴⁶ De paso alude aquí Del Barco a lo que, por otras fuentes, también conocemos: el hecho de que los neófitos indígenas volvían muchas veces a sus antiguos territorios para practicar la recolección, dado que no siempre era posible su manutención con los recursos de la misión. Si en el caso de Comondú esto ocurría según nuestro autor “por modo de paseo”, en otros lugares el retomo intermitente a la vida de recolectores era claro resultado de apremiante necesidad.

⁴⁷ Resulta interesante volver a notar que, en la actualidad, existen, aunque contiguos, los dos poblados de San Miguel y San José de Comondú.

⁴⁸ El padre Nicolás Tamaral, una de las dos víctimas de la rebelión en 1734, era natural de Sevilla y había pasado a California en 1717. A él se debió, entre otras cosas, la fundación de esta misión de La Purísima.

A la misión de Nuestra Señora de Guadalupe⁴⁹ sucedió una notable desgracia en noviembre del año de 1744, la que, añadida a otras enfermedades que allí se padecieron, fue causa de no pequeña disminución de su gente. Fue el caso que un domingo de dicho mes, estando el pueblo oyendo misa, cayó enteramente una pared de la iglesia y, por consiguiente, vino abajo toda su techumbre, que era de terrado o azotea. No tuvieron tiempo de huir sino los que estaban cercanos a la puerta, los cuales salieron con tal presteza que, contaban después, casi sin saber cómo, en un momento se habían hallado afuera; y fue porque a la diligencia que ellos hicieron para salir juntándose la fuerza del aire oprimido con el edificio que caía, y saliendo con gran ímpetu por la puerta, llevó consigo instantáneamente a los que halló en disposición de recibir de lleno su impulso. Los demás quedaron todos sepultados en las ruinas. Pasaron de ochenta las personas que quedaron allí muertas. Otras quince o más, aunque vivas, las sacaron tan lastimosamente estropeadas y heridas, que murieron en aquel o en los siguientes días, prevenidas con los Santos sacramentos. De suerte que fueron 100, poco más o menos, las personas de uno y otro sexo que murieron por esta causa.

No obstante de ser universal la ruina en la iglesia, y quedar toda ella llena de los materiales que cayeron, dispuso la Divina Providencia que quedasen vivas y sanas, bajo de las mismas ruinas, cuatro o cinco mujeres en algunos huecos que pudo formar el maderaje para que no las oprimiesen los otros materiales. Así las hallaron cuando los pocos que quedaron sanos fueron apartando embarazos para sacar los cadáveres (y se supone que para tanto trabajo llamarían prontamente las rancharías o pueblos que no estaban de turno en la misión o cabecera para que los ayudasen). Una de estas mujeres que estaba encinta en los meses que llaman mayores, y ni en sí ni en su feto recibió algún daño, aseguraba después que, cuando

⁴⁹ La misión de Nuestra Señora de Guadalupe había sido fundada en 1720 por el padre Everardo Helen. Era éste natural de Xanten, en Colonia, Alemania. Trasladado a México en 1718, laboró en California desde 1720 hasta 1744. A él se debió la preparación de una gramática de la lengua cochimí. Helen, después de largos años de trabajo en el establecimiento de Guadalupe, laboró asimismo en la nueva misión de San Ignacio Cadakaamán. Por razones de salud hubo de trasladarse a México, de donde pasó al Colegio de Tepetzotlán. Allí murió el año de 1757.

vio venir sobre sí el edificio, invocó en su favor a la Madre Santísima de la Luz, y en agradecimiento y memoria de este beneficio hizo que a su criatura se le pusiese, a su tiempo, el nombre de esta gran señora con la insinuada invocación. Así se hizo cuando, después de un feliz alumbramiento, se bautizó; mas, por ser niño el recién nacido, se llamó Mariano de la Luz.

El padre misionero, que era el padre José Gasteiger,⁵⁰ estaba a este tiempo tan enfermo que no se dudaba de su cercana muerte (aunque convaleció y vivió después algunos años) y, no obstante el gran estruendo de la ruina y temblor que causó en su casa, nada conoció ni supo, hasta que en un tiempo más oportuno se lo dijeron. Había venido, para asistirle en su muerte, el padre Pedro Nascimben, misionero de la de Santa Rosalía.⁵¹ Este padre decía la misa al pueblo y, estando hacia el medio de ella, advirtió que la iglesia venía sobre sí, y, recuperado del susto, sin más advertencia ni deliberación, dio un brinco hacia la puerta de la sacristía, que estaba inmediata al altar y en aquella misma testera. Todo fue con gran velocidad, sin duda impelido también del viento que excitó la ruina, y así alcanzó a tomar la puerta; mas, al entrar por ella, un madero le alcanzó dándole un fuerte golpe en la espalda, pero quiso Dios que, fuera del dolor y el susto, no le hiciese otro daño.

La causa de esta desgracia se reconoció después que fue porque un lienzo o pared de la iglesia se levantó al pie del gran cerro o montaña, donde está la misión, sin cimiento correspondiente. Porque, al comenzar a abrirle, dieron luego con piedra viva muy dura, como sucede en todas estas serranías, que toda su armazón es de piedra, la cual en partes está descubierta, y por lo común está oculta

⁵⁰ El padre José Gasteiger, sucesor del padre Helen en la misión de Guadalupe, era oriundo de Austria, donde había nacido el año de 1702. En California trabajó por diez años, desde 1745 a 1755. A él se debe una relación acerca de la misión de Guadalupe.

⁵¹ Pedro María Nascimben, natural de Venecia, nacido hacia 1703, entró en California en 1735. Además de trabajar en la misión de Guadalupe, estuvo en la de Santa Rosalía Mulegé, en donde murió el 10 de agosto de 1754. Al padre Nascimben se deben varios mapas de California, preparados para la edición que de la obra de Venegas tenía entre manos el padre Andrés Marcos Burriel. Véase Ernest J. Burrus, S. J., *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1967 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, Serie José Porrúa Turanzas, 1-2), t. I, p. 71-72.

con sólo un poco de tierra sobre ella. Y, no obstante de tener esta piedra el declive correspondiente a la montaña, pusieron sobre ella, así como estaba, lodo y algunas pequeñas piedras para formar plano el lecho a los adobes, de que se levantó toda la gruesa pared como las demás de la iglesia; aunque éstas últimas, por estar en mejor terreno, tuvieron no tan mal cimiento. El año dicho de 1744 llovió mucho, respectivamente a aquellas tierras. El agua, que con las lluvias bajaba de la montaña, venía por aquella parte a dar con la pared de que hablamos y, aunque tuviesen puesto algún reparo contra ella para que no la tocase el agua, siendo todo de tierra, penetró la humedad todo el cimiento; el cual, como estaba sobre peña resbaladiza, y cargaba tanto peso, ahora humedecido un tanto, llegó a flaquear y echar abajo la pared.

Después que el padre misionero convaleció de su enfermedad, trató de levantar nueva iglesia; y, aunque por la estrechez del sitio en que está la misión, entre el arroyo y el cerro, fue necesario edificarla en el mismo lugar en que estuvo la ya caída, se hizo gastando primero mucho tiempo, trabajo y pólvora en dar barrenos, y arrancar peñascos hasta allanar tanta parte del cerro, cuanta era necesaria, no sólo para la nueva fábrica, sino también para que el agua de las lluvias corriese algo lejos de la pared. Así ésta como las demás de la iglesia subieron de cal y canto, hasta la altura de cinco o seis palmos, y, por haber poca cal, se prosiguió lo restante con adobes hasta proporcionada altura.

El padre Lamberto Hostell llegó a la California el año de 1737, y luego fue señalado por primer misionero y fundador de la misión de San Luis Gonzaga entre los guaycuros.⁵² Había ya bautizado el padre

⁵² Lamberto Hostell, nació en Münster-Eifel, en el ducado del Bajo Rhin, en 1706. Entró en California, como lo consigna Del Barco, en 1737. Tras establecer en forma incipiente la misión de San Luis Gonzaga, permaneció en ella hasta 1751 en que fue sustituido primero por el padre Juan Javier Bischoff y después por el padre Juan Jacobo Baeger. En el año mencionado pasó a la misión de Nuestra Señora de los Dolores, hasta el de 1764 en que fue nombrado visitador de California. Hostell fue uno de los jesuitas que salieron expulsados de la península en febrero de 1768. De él se conocen varios informes y cartas con notas de interés etnológico. Algunos de esos escritos han sido publicados en Benno Ducrue, *Ducrue's Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed. y trad.), Roma, Jesuit Historical Institute, 1967, p. 159-183.

Clemente Guillén a muchos de los que debían pertenecer a esta misión; y a muchos más tenía dispuestos para recibir con gusto en su tierra un padre que los doctrinase y bautizase. Pero mientras se proporcionaban las circunstancias y ocasión oportuna de establecerla en sitio separado, la había de administrar desde la misión de Nuestra Señora de los Dolores, siendo al mismo tiempo compañero del anciano padre Guillén; a quien, luego que el padre Lamberto se habilitó en la lengua del país, no sólo descargó el cuidado de la gente de San Luis, sino que le aliviaba en gran parte en la administración de la misión de Los Dolores. El año de 1746 exoneraron los superiores al padre Guillén del cuidado de su misión; porque ni su avanzada edad, que pasaba de setenta años ni sus achaques, eran compatibles con tan pesada carga. Permitiéronle que se retirase a Loreto a descansar. Y señalaron al padre Lamberto por misionero en propiedad de la de Los Dolores. Por este tiempo fue enviado el padre Juan Javier Bischoff,⁵³ recién llegado a la California, para misionero de la de San Luis, que era ya tiempo de fijarla en propio territorio, separado de la misión de Los Dolores. Asentó el padre Bischoff la cabecera de su misión en sitio por la mayor parte despejado de cerro, y alegre pero de muy poca agua corriente; de suerte que pocas esperanzas daba de hacerse allí alguna, aunque corta, siembra. Mas, por no hallarse paraje más a propósito, hubo de establecerla allí, y se llamó San Luis, siete leguas al poniente de la cabecera de Los Dolores, establecida antes de este tiempo en La Pasión, como se dijo arriba. En el tiempo que el padre Lamberto Hostell tuvo a su cargo la misión de San Luis, hizo varias excursiones hasta las playas más retiradas de aquella nación guaycura en la contracosta; con estas trabajosas visitas y otras industrias, nacidas de su gran celo de la salvación de estos pobres, y juntamente con su natural dulzura y afabilidad (con que siempre se ha ganado el amor y veneración de cuantos le han conocido, domésticos y ex-

⁵³ Juan Javier Bischoff, nació en Glatz, Bohemia, en 1710. Tras ingresar en la Compañía de Jesús en 1727 y después de haber sido maestro en varios colegios de su orden, viajó a México en 1744. Como misionero en California, comenzó a trabajar en 1746. En tanto que el padre Hostell residía en la misión de los Dolores, Bischoff, según lo refiere Del Barco, se hizo cargo de la de San Luis. Más tarde estuvo asimismo en Santiago, Loreto, La Purísima y Todos Santos. Bischoff fue otro de los jesuitas exiliados con motivo del decreto de expulsión.

traños), redujo a aquellos bárbaros a que con eficacia se aplicasen a aprender la doctrina cristiana, entender sus divinos misterios y bautizarse. Y así tuvo este padre el consuelo de bautizar por su mano la mayor parte de la gente que componía esta misión, reducida antes por sus exhortaciones a querer abrazar la fe de Jesucristo Nuestro Señor. Ahora, puesto allí de asiento el padre Bischoff, se aplicó, con el tesón de su celo infatigable, no sólo a fabricar iglesia y casa, que hizo de adobes, sino principalmente a instruir y bautizar a algunos que aún quedaban gentiles; civilizar y domesticar a todos, y procurar, con diarias fervorosas exhortaciones, que viviesen como verdaderos cristianos en buenas costumbres. Y aunque el fruto no correspondió a tanto cultivo por el genio bronco y dado a torpezas de esta bárbara nación, consiguió, no obstante, mucho, si se compara con el tiempo de su gentilidad.

El padre Sebastián de Sistiaga,⁵⁴ después de haber trabajado gloriosamente por espacio de 22 años en la California, y reducido un gran territorio de ella al cristianismo, consiguió licencia del padre provincial el año de 1747 para retirarse a algún colegio de la provincia, en que poder con más sosiego, como él decía, disponerse para la muerte que, por su avanzada edad, se persuadía de estar cercana. Embarcóse en Loreto en 13 de mayo del citado, año mas no tuvo el consuelo del retiro que deseaba en el noviciado de Tepotzotlán, porque le mandó el padre provincial pasar a México con el empleo de prefecto de la congregación de la Buena Muerte en la casa profesa. Habiendo ejercitado por espacio de tres años con notable aplicación, fruto y aplauso esta prefectura, le enviaron a la Puebla de los Ángeles por instructor de los padres de la tercera probación. En esta ocupación le halló la muerte el año de 1756, a los setenta y tres años de edad. Luego que llegó a la California, el año de 1718, fue enviado por misionero de la de Santa Rosalía Mulegé, misión que administró muchos años hasta que fue fundada la de nuestro padre San Ignacio por el padre Juan Bautista Luyando,⁵⁵ y

⁵⁴ Acerca de la vida del padre Sebastián de Sistiaga, véase la nota 9.

⁵⁵ Juan Bautista Luyando, nacido en la ciudad de México, en 1716, pasó a California en 1727. Como lo consigna Del Barco, tuvo allí por destino colaborar con el padre Sistiaga en la fundación de San Ignacio Cadakaamán. Durante sus primeros años de trabajo en dicho lugar, en dos ocasiones estuvo a punto de per-

perdiendo poco tiempo este padre la salud con tan rudos trabajos, mandaron los superiores al padre Sistiaga pasase a misionero de San Ignacio (a cuya fundación había cooperado mucho), y que se retirase el padre Luyando. Tenía el padre Sistiaga práctico conocimiento de aquella misión y de sus indios, por haberles visitado varias veces antes de llegar, y después de estar allí el padre Luyando. Aquí, como en campo más dilatado, sembró el grano evangélico más copiosamente, y recogió abundantes frutos para la vida eterna, atrayendo a la fe y bautizando gran multitud de gentiles, extendiendo el reino de Jesucristo de mar a mar por muchas leguas hacia el norte.

Ya se dijo arriba la costumbre que hay de mantener en la misión o cabecera a los catecúmenos mientras dura su instrucción para el bautismo.⁵⁶ Mas el padre Sistiaga, cuando se hallaba sin bastimentos para mantenerlos, tomaba en unas alforjas un poco de maíz y unos pedazos de carne salada y seca, para su propio sustento, y con esta provisión se ponía en camino para la tierra de los indios que había de instruir, en donde, a horas determinadas, sin estorbarles el salir por los montes a buscar su comida, los doctrinaba, instruía y exhortaba, hasta que, teniéndolos bien dispuestos, bautizaba a los catecúmenos, o con las previas respectivas instrucciones, oía de confesión a los que anteriormente y en otro tiempo habían sido bautizados. De esta suerte pasaba varias temporadas en el campo sin casa y sin defensa contra el calor y el frío, sin más cama que la tierra, y sin más consuelo que el que comunica Dios a sus siervos que por su amor, y por conducir las almas a su Creador, se privan voluntariamente de todo humano consuelo. Con este modo de vida se acostumbró a dormir vestido, de suerte que después siempre

der la vida a manos de algunos hechiceros que reaccionaron violentamente frente a sus prédicas. Por razones de salud, Luyando hubo de regresar a México, donde murió el año de 1757.

⁵⁶ Lo que aquí asienta Del Barco apunta de modo implícito a uno de los mayores problemas que tenían que afrontar los misioneros. Se derivaba éste de la imposibilidad de retener permanentemente a los indígenas en la cabecera de las misiones por carecer allí de medios para su sustento. En consecuencia, se les hacía venir para su instrucción y se les permitía luego retornar a su antigua forma de vida para que obtuvieran por sí mismos su alimento. Este ir y venir del antiguo al nuevo contexto cultural, y viceversa, debió significar muchas veces un verdadero trauma en la conciencia de los californios.

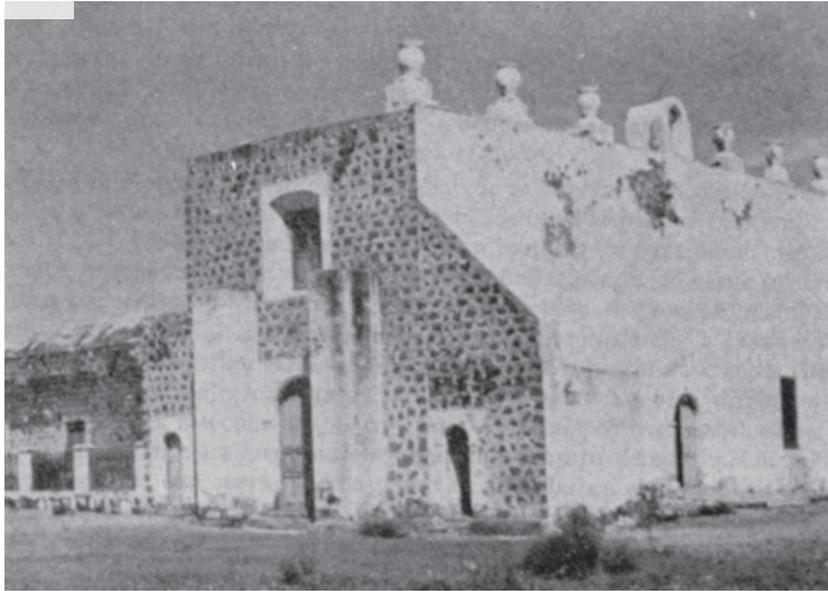


durmió así, aunque estuviese en su casa o en las otras misiones cuando, como superior, las visitaba. Con esto se hallaba más pronto por la madrugada a levantarse, como se levantaba todos los días, y como dos horas antes de amanecer, a tener despacio oración, disponerse para el santo sacrificio, celebrarle y dar gracias. Y, si después de todo esto había otro padre que dijese misa, la oía también de rodillas. Todo esto debe entenderse demás del tiempo que gastaba en el oficio divino, en la lección de algún libro espiritual, en los exámenes de conciencia acostumbrados en la religión, en que era indefectible, y en rezar otras devociones.

Gobernó por tres distintos trienios la California como visitador de ella, con general aceptación de sus súbditos, los padres misioneros, y satisfacción de sus superiores. En fin, después de los venerables padres Salvatierra y Ugarte, fue uno de los más insignes misioneros que ha tenido la California. De cuya vida y virtudes se dio más individual noticia a la provincia de Nueva España poco después de su muerte, y debía perpetuarse su memoria para la común edificación y ejemplo.

El año de 1748 murió en Loreto el padre Clemente Guillén,⁵⁷ uno de los misioneros más beneméritos de la California, en que trabajó infatigable por espacio de 34 años. Nació en la ciudad de Zacatecas, en la Nueva España, y después de haber acabado felizmente la carrera de sus estudios en la región, enseñado gramática, y leído un curso de filosofía, fue señalado por el padre provincial para las misiones, por aquel tiempo nuevas y muy trabajosas, de la California. No había tenido el padre Guillén inclinación particular a las remotas misiones de indios; mas viendo que, sin intervención suya, le destinaba el superior para ellas, obedeció pronto y se puso en camino a tanta mayor voluntad, consuelo de su alma, cuanto más claramente conocía la voz de Dios, que le llamaba por medio del superior. Embarcóse en Matanchel, año de 1713, y después de una infeliz y trabajosa navegación, padeció el naufragio, que queda

⁵⁷ Véase, acerca de Clemente Guillén, la breve noticia biográfica que hemos incluido en la nota 35. Aquí hace Del Barco una más amplia recordación y elogio, de carácter edificante, acerca de este misionero.



Misión de Santa Rosalía Mulegé, fundada en 1705. La actual edificación data de 1766, aunque ha sido restaurada y modificada en varias ocasiones. Fotografía de W. Michael Mathes



Misión de San Luis Gonzaga, fundada en 1737 entre los guaycuras. La iglesia, en relativamente buen estado de conservación, se debe al padre Juan Jacobo Baegert, quién la terminó durante la década de 1750. Fotografía de W. Michael Mathes



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

referido en esta *Historia*, capítulo X, página 217 y siguientes.⁵⁸ Y así de lo que se dice en este lugar, como de lo que se refiere en otro de esta obra, especialmente en el capítulo XVI, se puede formar un elogio nada vulgar de este insigne misionero, como lo merecen sus religiosas virtudes, su apostolado celo de la salvación de las almas y sus grandes trabajos padecidos por este mismo fin. Por lo cual debe contarse por uno de los mayores operarios que ha tenido esta viña del Señor. Después que por su ancianidad y achaques le descargaron los superiores de su misión de Los Dolores, se retiró a Loreto, en donde fue de mucho alivio y consuelo a su misionero, a quien ayudaba con el confesionario, y suplía sus ausencias. No fue corta prueba de su celo la que allí dio poniéndose a aprender en aquella edad una nueva lengua sólo para doctrinar y oír de confesión a una india anciana, que de muy lejos había venido a parar en Loreto, sin poder volver a su tierra, ni tener allí padre que la entendiese. Y en este ejercicio de tanta caridad le encontró la muerte, que humanamente creemos fue preciosa en los ojos del Señor.

Dos años antes que muriese el padre Guillén, esto es, el año de 1746, a fin de noviembre, murió el antiguo capitán don Esteban Rodríguez Lorenzo de muy honrado proceder, y lo mucho que por su parte cooperó al adelantamiento de la conquista, exigen que en este lugar hagamos alguna, aunque breve, memoria de tan benemérito conquistador.⁵⁹ Nació en los Algarbes, reino de Portugal, y en su juventud, no sabemos con qué ocasión, pasó a Sevilla, en donde vivió algún tiempo. Después se embarcó para Veracruz, de donde pasó a México, y en sus cercanías se acomodó de mayordomo en una hacienda del colegio y noviciado de la Compañía de Jesús, de Tepotzotlán. Aquí se hallaba, cuando supo que el padre rector de este colegio, venerable padre Juan María de Salvatierra, se disponía a salir para la conquista de la California. Con esta noticia se sintió movido

⁵⁸ La referencia corresponde a Venegas, *Noticia de la California...*, 1943, t. II, p. 143 y s.

⁵⁹ Ofrece aquí Del Barco una relativamente amplia recordación y elogio de la vida y actuación de este capitán que tanto cooperó con los jesuitas en la conquista espiritual de California. Debe tenerse presente que la figura de Esteban Rodríguez Lorenzo simbolizó para los misioneros de la península cuán acertada había sido la medida de tener sometida a su jurisdicción la pequeña fuerza armada que, como protección, debía estar a su lado.

a acompañar al padre en esta empresa. Fue a pedirle que le llevara consigo. El padre Salvatierra, que sabía su buen proceder, se alegró de tener tan buen compañero, y, no obstante, por probarle, le propuso los trabajos que habrían de sufrir, y las dificultades y peligros a que se iban a exponer. Mas, viendo que a todo hacía rostro, y nada le acobardaba, determinó llevarle con plaza de soldado para la intentada conquista. Hízolo así, y le llevó en su compañía hasta embarcar juntos en la California en octubre del año de 1697. Aquí se portó tan bien y dio tales muestras de valor en aquellos primero cuatro años, que, habiendo hecho, sucesivamente, renuncia de su empleo los dos primeros capitanes (y admitíola el padre Salvatierra), fue elegido por capitán del presidio don Esteban Rodríguez el año de 1701. Hízose esta elección por voto secreto, porque aunque el venerable padre Salvatierra tenía privativamente, entre otras facultades que le comunicó el señor virrey, la de nombrar capitán (y por ella había nombrado a los dos primeros), no obstante, por esta vez quiso él mismo que la elección se hiciese por votos de los soldados, prometiendo el padre elegir y aprobar al que la mayor parte de ellos eligiese. De esta suerte, hecho capitán, no sólo correspondió, sino que excedió mucho a la expectación de todos. Siempre se mostró prudente en su conducta, lleno de valor en los mayores peligros, vigilante y exacto en la disciplina militar, ejemplar en sus costumbres, celoso del bien de la conquista, cuyos progresos promovió siempre cuanto estuvo de su parte, sabiendo bien que esto era de su obligación, y que en ello servía mucho a Dios y al Rey.

Fundado en esta máxima, cuando se fundaba de nuevo alguna misión, no sólo acompañaba desde Loreto al padre que la iba a fundar, sino que, llegados al paraje destinado para cabecera, él mismo en persona y por sus manos ayudaba a levantar las paredes de la iglesia y de la casa del misionero, a techarlas y a poner sus puertas. Con esto suavemente conseguía no sólo que los indios sacudiesen sin tanta dificultad su innata pereza, y se arrimasen al trabajo, sino también que los soldados que iban de escolta o acompañaban a su capitán, se diesen por entendidos y se avergonzasen de estar ociosos, viendo a su jefe trabajar. De esta suerte, en breve se concluían aquellos rústicos edificios, que para asentar la misión eran del todo necesarios: cuando si el padre estuviera solo con los indios, que nada

saben de trabajo, o nunca, o con mucha dificultad y tiempo pudiera finalizarse, pues en aquellos principios, la estrechez y pobreza de la misión no solía permitir tener un albañil, ni peones para estas obras. Por esto el capitán Rodríguez estaba muy persuadido a que todo lo que es cooperar a que se establezca una misión es dar prisa a que se adelante la conquista; pues ésta en la California (como en otras varias provincias) sólo se ha adelantado por medio de las misiones y misioneros, los cuales al mismo tiempo que anuncian a los indios la fe de Jesucristo y sus preceptos, los hacen deponer su ferocidad, los suavizan, los domestican y hacen vasallos del rey; por lo cual el citado capitán reputaba estos trabajos por muy del servicio de su Majestad; bien que, prudentemente, nada de esto mandaba a sus soldados, sino que sólo los movía con su ejemplo, que conocía ser necesario.

Cuánto prefería el cumplimiento de sus obligaciones a todo interés y a todo humano respeto, se conocerá por lo que voy a referir. Estuvo en cierta ocasión, no sé con qué motivo, en la isla de San José, cuando aún estaba habitada de gentiles. Tenían éstos junta una gran porción de perla fina que comenzaban a estimar por ver lo mucho que la apreciaban los españoles que solían llegar allí a comprársela. Todas estas perlas ofrecieron a nuestro capitán por sola la espada que traía ceñida; pero él quiso antes perder tan buena ocasión de adelantar sus intereses, que privarse de su espada, aunque fuese por poco tiempo; no obstante que, llegado a Loreto, podía luego proveerse de otra; juzgando por cosa indigna de un militar el despojarse de alguna de las armas, que debe tener consigo, por interés alguno del mundo. En cuanto a lo perteneciente a su oficio de capitán, y de juez político y militar, lo que él formaba dictamen que se debía hacer, esto ejecutaba, mostrándose inflexible a toda persuasión en contrario, aunque fuese del venerable padre Salvatierra que, con piedad propia de padre, le pedía por algún reo, no obstante que le veneraba como a hombre santo a quien debía obligaciones, de lo cual quedan en esta *Historia* referidos algunos casos. Su trato con todos era llano, sincero y muy ajeno de aquellas cortesanas de moda, que sólo consisten en palabras artificiosas, sin más fondo de verdad. En su porte ajustado y acciones de piedad, fue siempre a todos un dechado ejemplar. Era indefectible a toda función de iglesia, fuese por la mañana o fuese por la tarde, aun en los

mayores calores, fuesen días festivos o feriados: y con igual puntualidad asistía a misa en éstos que en aquéllos.

Y porque desde los principios se introdujo en la California que, al acabarse la misa, rosario, doctrina o sermón, cantasen los indios el *Bendito* y *alabado* tres veces: primero, los hombres solos; luego, solas las mujeres, y, últimamente, hombres y mujeres a un tiempo, con tonada no desagradable; el capitán, ya por su devoción, ya por dar ejemplo a los indios, era constantemente el primero que, acabada la función eclesiástica, entonaba el *Bendito*. Y aunque en su mayor ancianidad era ingrata a nuestros oídos su trémula voz, es de creer que sería muy agradable a los de Dios; y cierto que era de mucha edificación para todos los presentes. El año de 1743 quedó totalmente ciego, por lo cual, a representación de los padres el excelentísimo señor virrey, conde de Fuenclara, despachó título de capitán comandante a su hijo don Bernardo Rodríguez Larrea que, de muchos años antes, era su teniente. Mas no se pudo conseguir que al anciano capitán se le señalase ni medio sueldo, ni cosa alguna de las cajas reales para sus alimentos y los de su esposa y familia, después de tantos años de servicio y tan bien empleados en nueva conquista. Pues el nombramiento de su hijo por capitán, más se puede reputar que fue por los méritos personales propios, que por los heredados de su padre. Los empeños en que se hallaba en aquel tiempo España con las guerras, en que se abrasaba la Europa, no permitieron al señor virrey que, sin orden expreso de su Majestad hiciese gasto alguno extraordinario.

El año de 1744 tomó posesión de comandante de toda la California el ya citado don Bernardo Rodríguez,⁶⁰ y habiendo muerto su padre dos años después, prosiguió ejerciendo su empleo con mucho acierto y común aceptación (aunque en los últimos años muy quebrantado de salud), hasta que a 1 de diciembre del año 1750 murió en Loreto. Al tomar posesión este capitán cedió el padre visitador en él todo el derecho que tenía de dar las plazas de

⁶⁰ Más escasas son las noticias que proporciona Del Barco acerca de don Bernardo, el hijo del célebre Esteban Rodríguez Lorenzo. De hecho, muy pocos años sobrevivió a su padre. Conviene destacar el cambio que entonces se introdujo, en el sentido de que, de allí en adelante, correspondió al capitán y no a los misioneros otorgar plaza de soldado a quien él juzgara conveniente.

soldados a los sujetos que le pareciese, como por concesión del señor virrey se había usado desde el principio de la conquista hasta este tiempo. La razón que para esto hubo fue el evitar las quejas, que comúnmente resultan de los que no han conseguido lo que desean, cuando son varios los pretendientes. Y así, para en adelante, quedó a cargo del capitán el dar o quitar las plazas de soldados manteniendo siempre el número que paga el rey.

Muerto el capitán don Bernardo, dieron cuenta de su fallecimiento los padres al señor virrey, conde de Revilla-Gigedo, suplicando a su Excelencia que se dignase dar por sucesor del difunto, con título correspondiente, a don Fernando Xavier de Rivera y Moncada,⁶¹ en quien concurrían las prendas necesarias para tal empleo, y juntamente tenía conocimiento de aquella tierra y de su gobierno, por haber en ella servido al rey muchos años, cosa no poco importante para el acierto, conservación y adelantamiento de la conquista. Condescendió el señor virrey con la súplica, y no poniendo duda (como explicó en su carta respuesta) en la verdad y sinceridad de los informes, y prometiéndose el acierto en tal elección, mandó luego despachar el título de capitán comandante de toda la California a favor del citado don Fernando Xavier de Rivera y Moncada. Quien en fuerza de este título (que después confirmó el rey, nuestro señor, don Fernando VI), tomó posesión en el empleo en julio de 1751 y le ejerció por más de dieciséis años con tanto

⁶¹ El capitán Fernando de Rivera y Moncada había servido ya antes como soldado en la península. En su calidad de comandante de California colaboró con los jesuitas hasta poco antes de su expulsión, siendo siempre sus actuaciones del agrado de los misioneros. Cuando don Gaspar de Portolá llegó a San José del Cabo, el 30 de noviembre de 1767, para disponer la salida de quienes iban a ser expulsados, privó de su cargo a Rivera y Moncada. Algún tiempo después éste volvió a ser restituido como capitán en el presidio de Loreto. Cuando por disposición del visitador don José de Gálvez se procedió a la ocupación efectiva de la Alta California, Rivera y Moncada marchó por tierra, con rumbo a San Diego, en compañía del franciscano Juan Crespí. Rivera y Moncada llegó a ser luego comandante del presidio en Monterrey, Alta California, cosa que contrarió al superior de esas misiones, el célebre fray Junípero Serra. De allí en adelante este capitán tuvo no pocas dificultades con los franciscanos hasta el momento de su muerte, acaecida en 1781, cuando marchaba desde Sonora a la Alta California y fue atacado por un grupo de indígenas en las inmediaciones de la actual Yuma. Como puede verse, a través de lo que acerca de él escribe aquí Del Barco, los jesuitas tuvieron siempre la mejor opinión acerca de dicho capitán.



acierto, prudencia, edificación, desinterés y aceptación común, que desempeñó abundantemente la esperanza que de su persona habían concebido los padres. De suerte que llenó cumplidamente el hueco que por su muerte dejaron vacante sus dos inmediatos antecesores. Así perseveró hasta que, a fines del año de 1767, llegó a la California don Gaspar de Portolá, nombrado gobernador de aquella península, con orden de intimar y ejecutar el decreto de su Majestad de arrestar y extrañar a los padres jesuitas. Cuando éstos salieron aún quedó allí el capitán don Fernando de Rivera. Y se dijo que el nuevo gobernador, habiéndole tratado largamente y reconocido su prudencia, sinceridad y demás prendas deseaba quedara con él en el mismo empleo de capitán, sólo que bajo sus órdenes, como gobernador. Ignoramos lo que ha sucedido después.

Luego que tomó posesión, el capitán Rivera representó al virrey que, habiéndose reducido a corto número los indios del sur, por las epidemias que quedan referidas, y por eso sus misiones eran ya solas dos, aunque para éstas era necesaria una no débil escolta en cada misión, sobraban aun soldados de aquel presidio del sur, que pudieran útilmente emplearse en el norte, para hacer las escoltas necesarias en las nuevas misiones que se intentaban fundar, a las cuales no alcanzaba a escoltar y cubrir el presidio de Loreto con sólo los soldados que tenía. Por tanto, pedía facultad a su Excelencia para poder mudar los soldados del sur al norte, según fuese necesario y más del servicio del rey. Respondióle el señor virrey que a los soldados del sur podía mudarlos al norte no menos que los de Loreto, y a unos y otros ponerlos en los parajes que le parecieran más convenientes y más del servicio de su Majestad. Con esta licencia se venció uno de los embarazos, que retardaban la fundación de nuevas misiones y prosecución de la conquista en el norte.